

# INICIAR EN CATEQUESIS A LA VIDA CRISTIANA. ENTRENAR Y ACOMPAÑAR. ELEMENTOS Y PERSPECTIVAS PARA EL DISEÑO DEL NUEVO PARADIGMA DE LA CATEQUESIS

*Miguel López Varela<sup>1</sup>*

El presente artículo, siguiendo el método propio de la Teología pastoral, aborda primeramente la comprensión actual de la práctica de la iniciación cristiana desde una perspectiva crítica, subrayando la situación problemática en la que

---

<sup>1</sup> Sacerdote. Archidiócesis de Santiago de Compostela.

se encuentra (1); y lo hace con la finalidad de poder ofrecer un nuevo planteamiento iniciático de la catequesis, así como una original propuesta de catequesis, que hemos denominado “catequesis de entrenamiento” (4), y la cual pensamos responde mejor tanto a la actual situación problemática, como a la vocación iniciática que toda catequesis ha de tener.

En medio de ambos extremos se sitúa el itinerario de la búsqueda y elaboración de los principios y criterios teológico-pastorales y catequéticos para la construcción de la nueva propuesta de una catequesis iniciática que realmente consiga iniciar a la vida cristiana (3). Se trata ésta de la parte más novedosa, ya que estos criterios y principios se extraen de una renovada y original visión de la iniciación cristiana de tipo bíblico y catecumenal: por un lado, la comprensión paulina de la vida cristiana como carrera o lucha atlética, y como combate bélico; y, por otro lado, la consecuente concepción del catecumenado bautismal de adultos de la antigüedad cristiana como un entrenamiento ejercitación para dicha vida (2).

### **DE NUEVO A VUELTAS CON EL “NUEVO PARADIGMA” DE LA INICIACIÓN CRISTIANA Y EL ACOMPAÑAMIENTO EN LA CATEQUESIS**

Existe una situación problemática de partida en nuestros procesos de iniciación cristiana, ampliamente aceptada por todos sus agentes, y es que por más que parezca paradójico, no se consigue iniciar a la vida de fe. Se trata de una de las “cruces” de la pastoral. De ello da razón el hecho que en las últimas décadas no se ha dejado de dar vueltas en torno a la iniciación cristiana, y no sólo la relativa a los adultos, sino sobre todo a la de los infantes y adolescentes. Surgieron así abundantes estudios teológico, litúrgico, sacramental, histórico, pastoral y catequético, etc. sobre esta realidad tan compleja y a la vez tan rica, con el fin de extraer alguna luz. Recientemente, en este camino de búsqueda, aunque desde ámbitos teológico-pastorales más amplios que el exclusivamente catequético, emergió la temática del acompañamiento pastoral como un recurso imprescindible y necesario en los procesos de fe y, por ende, también para la pedagogía iniciática.

En esta línea, y ya desde hace algunos años, se viene hablando de la necesidad de avanzar hacia la construcción de un “nuevo paradigma de la iniciación cristiana”, capaz de responder a los actuales retos. Todo este movimiento cristalizó en España en una profética publicación de nuestra Asociación Española de Catequetas (AECA), titulada “Hacia un nuevo paradigma de la iniciación cristiana hoy”<sup>2</sup>. Del mismo modo, la presente publicación responde a las segundas Jornadas anuales que la Asociación dedica al tema del acompañamiento<sup>3</sup>. Cuanto a continuación sigue se enmarca, humildemente, en este camino de búsqueda, tratando de ofrecer un nuevo enfoque para seguir avanzando en la solución de este agotamiento y enfriamiento iniciático en el que están instalados nuestros procesos catequéticos de iniciación.

Afrontar esta cuestión de la iniciación cristiana y la catequesis iniciática es una urgencia y prioridad en la pastoral de nuestra Iglesia. Desde hace algunas décadas, esta situación era particularmente sensible a la pastoral catequética. Ahora esta preocupación se ha extendido al resto de ámbitos pastorales, que ven como el renuevo generacional hace peligrar el número de miembros de nuestras comunidades, cada vez más envejecidas; y, por lo tanto, pelagra la vida de las mismas y la posibilidad de una práctica pastoral en ellas. Por este

---

2 Cf. AECA, *Hacia un nuevo paradigma de la iniciación cristiana hoy*, Madrid 2008, 7: Este trabajo, como se indica en su *Introducción*, “se inició en las XXII y XXIII Jornadas de AECA (2003 y 2004). Además, en esta línea, más recientemente y desde las nuevas perspectivas aportadas por la exhortación del papa Francisco, *Evangelii Gaudium*: v. L. M. BENAVIDES, *¡Socorro, soy catequista! Nuevos rumbos en la catequesis*, Madrid 2013; CELAM-Conferencia Episcopal Peruana, *La alegría de iniciar discípulos misioneros en el cambio de época. Nuevas perspectivas para la Catequesis en América Latina y El Caribe*, Lima-Perú 2015.

3 En las primeras Jornadas (5-7 diciembre 2019) correspondió a los profesores y miembros de AECA, Juan Carlos Carvajal y Francisco J. Romero ofrecernos una doble ponencia que nos sitúa en el marco de la actual reflexión. El primero presentó los presupuestos y los elementos para una articulación del acompañamiento en la catequesis iniciática; y el segundo profundizó sobre dos de las figuras fundamentales o agentes presentes en el acompañamiento del proceso iniciático: el catequista y el padrino. Sus intervenciones se encuentran recogidas en: AECA, *El acompañamiento en catequesis*, Madrid 2019.

motivo, incluso desde el ámbito de la reflexión catequética, ya se habla de “un nuevo y necesario paradigma pastoral”, y dentro del cual se enmarcaría el nuevo paradigma de la iniciación cristiana<sup>4</sup>.

Se hace, por tanto, imperiosa la necesidad de buscar un “nuevo paradigma” que nos ayude a salir de esta situación crítica de la pastoral iniciática de la Iglesia. Lo es hasta el punto en que, quizás, éste sea el gran problema de la pastoral y la evangelización hoy en día en esta “nueva etapa” evangelizadora en que nos encontramos: la Iglesia ha perdido su capacidad maternal de engendrar a la fe a nuevos cristianos; o dicho de otra manera, nuestras comunidades se han vuelto estériles. Por lo tanto, la Iglesia se juega aquí su identidad maternal, su ser de Madre capaz de generar nuevos hijos por el bautismo; la Iglesia se juega aquí su fidelidad a la misión recibida del Señor: “Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28, 19 y par.). Aunque con dramatismo, debemos considerar seriamente que una Iglesia que no inicia, no engendra vida cristiana, no es Iglesia-Madre.

El marco teórico de fondo de mi intervención es el siguiente:

1. Punto de partida o situación pastoral problemática que centra la preocupación de la Iglesia: el actual planteamiento de la iniciación cristiana y de la catequesis iniciática hace aguas porque en la mayoría de los casos no consigue iniciar a la fe.
2. Planteamiento de una hipótesis para continuar avanzando en la búsqueda de una solución pastoral: hay que recuperar, por un lado, la visión bíblico paulina de la vida cristiana como carrera y lucha atléticas y como combate bélico; y por otro lado, retornar al correlativo planteamiento patristico del catecumenado bautismal de adultos, que define la iniciación a la vida cristiana desde esta perspectiva paulina como un entrenamiento, ejercitación o adiestramiento para ello.

---

4 L. M. BENAVIDES, *¡Socorro, soy catequista!*, 111-118.

3. Propuesta de un nuevo planteamiento iniciático de la catequesis desde las categorías de “entrenar” y “acompañar”, y presentación de los principales elementos que estructuran una original propuesta de catequesis que puede denominarse “catequesis de entrenamiento”.

Dado que, como se muestra a continuación, todo paradigma se sustenta sobre unas imágenes o figuras determinadas, el cambio de paradigma de la iniciación cristiana y la búsqueda de uno nuevo más funcional a la actual situación, implicaría consecuentemente, la búsqueda de las nuevas imágenes y figuras de fondo. Las metáforas agonísticas y bélicas paulinas, recogidas por los Padres al definir el catecumenado bautismal antiguo como un “gimnasio” de la vida cristiana, pueden ofrecer un buen punto de partida. De modo que, si la iniciación a la vida cristiana se define como un entrenar y acompañar, la catequesis iniciática sería aquella que busca entrenar y acompañar a los catecúmenos y catequizandos en el camino de la fe para capacitarlos a vivir una auténtica vida cristiana, para poder afrontar la carrera y el duro combate de la fe en este mundo.

### Paradigma en pastoral y en catequesis

En Teología ciertos conceptos se captan mejor a través de “sensibilizaciones intuitivas, percepciones visuales o símbolos evocativos”<sup>5</sup>. En efecto, a lo largo de la historia se han empleado diversas imágenes, figuras o tipos bíblicas, patrísticas o literarias para explicar ciertas realidades, como por ejemplo el misterio de la Iglesia<sup>6</sup>. A. Dulles, en su conocido libro “Modelos de Iglesia” afirma que «cuando una imagen “se usa de manera refleja y crítica para ahondar en una visión teórica de la realidad, se convierte en lo que se llama hoy un” ‘modelo’»<sup>7</sup>; esto es: “una construcción o categoría conceptual, tomada de la

5 C. FLORISTÁN, *Teología práctica. Teoría y praxis de la acción pastoral*, Salamanca 1998, 258.

6 Cf. A. CORREA - A. ROMERO - Ed. SÁNCHEZ, *Figuras, Tipos y Modelos de la Iglesia. Funcionalidad o Disfuncionalidad para América Latina*, en: *Theologica Xaveriana* (1981) 58, pp. 7-33.

7 “Modelos”, en: C. O’DONNELL, *Diccionario de Eclesiología*, Madrid 2001, 730 (730-732). La cita a la que hace referencia es: A. DULLES, *Modelos de Iglesia*, Santander

experiencia y de la historia, que sirve para interpretar o dilucidar el sentido de un misterio de la fe cristiana”<sup>8</sup>.

Por su parte, “un modelo se eleva a la condición de paradigma cuando se muestra eficaz en la resolución de una gran variedad de problemas y se considera un instrumento apropiado para el desentrañamiento de anomalías todavía sin resolver”<sup>9</sup>. Uno de los autores más representativos del desarrollo de este concepto de paradigma, Thomas Samuel Kuhn, los define como “realizaciones científicas universalmente reconocidas que, durante cierto tiempo, proporcionan modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica”<sup>10</sup>. Como sostiene Kuhn, los paradigmas pueden tener vigencia durante siglos y hasta milenios sin cambio alguno. Cambiar depende de que se empiecen a acumular crisis o problemas que quedan sin explicar por el paradigma en uso y que lo vuelvan insostenible. No obstante, para Kuhn todo cambio de paradigma es lento y dificultoso. Implica, por un lado, un profundo cambio de mentalidad de la época, de los valores que forman una visión particular de la realidad correspondiente; necesita, por otro, la sinergia de todos los actores implicados para la puesta en marcha del nuevo paradigma<sup>11</sup>.

Cuando aplicamos este recurso epistemológico y metodológico de los paradigmas al campo de la iniciación cristiana y a la catequesis, nos encontramos con que, a lo largo de la historia de la Iglesia, se han practicado diversos “modelos de iniciación cristiana”<sup>12</sup>. En la actualidad, aunque con ciertos retoques y adaptaciones somos herederos, fundamentalmente, del llamado “paradigma tridentino” que, frente a la “nueva doctrina protestante”, acentuó la “instruc-

---

1975, p. 23.

8 J. MORALES, *Los modelos en Teología*, en: J. MORALES - M. LLUCH - P. URBANO - J. ENÉRIZ (eds.), *Cristo y el Dios de los cristianos. Hacia una comprensión actual de la Teología* - XVIII Simposio Internacional de Teología, Pamplona 1998, p. 125 (125-130).

9 “Modelos”, en: C. O’DONNELL, *Diccionario de Eclesiología*, Madrid 2001, 730.

10 Th. KUHN, *La estructura de las Revoluciones Científicas*, México 2004, 13.

11 Cf. H.G. RUSS, “Thomas Samuel Kuhn”, en: F. VOLPI (ed.), *Enciclopedia de obras de Filosofía*, vol. 2, Barcelona 2011, 1218 (1217-1218).

12 Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1230; AECA, *Hacia un nuevo paradigma de la iniciación cristiana hoy*, 31-35.

ción religiosa” a través de la proliferación de los catecismos<sup>13</sup>. Como indica E. Alberich, por una serie de “situaciones problemáticas o francamente negativas”, hoy “no podemos negar la existencia de una crisis generalizada del sistema catequético” que proviene del “paradigma tridentino”<sup>14</sup>, y que estaría exigiendo un nuevo paradigma catequético y de iniciación<sup>15</sup>.

Siguiendo la perspectiva de Kuhn, este cambio estaría justificado por las “situaciones problemáticas o francamente negativas” que el paradigma iniciático y catequético no consiguen resolver, y que responderían finalmente al cambio de época en que nos encontramos inmersos y del que ya nadie duda hoy<sup>16</sup>.

### **Nuevo punto de partida para la construcción del nuevo paradigma: una hipótesis**

En efecto, todos los que pastoralmente estamos empeñados de una u otra manera en la iniciación cristiana podemos concordar en que ésta no está funcionando. Parece inevitable que en un primer momento y, casi de manera instintiva e irreflexiva, lo achaquemos a la nueva situación histórica y socio-cultural de secularismo, al cambio de época que vivimos, cosa que es verdad. Además, a este causante se le suelen sumar razones más de tipo intraeclesial como las señaladas por el profesor E. Alberich<sup>17</sup>.

13 Cf. AECA, *Hacia un nuevo paradigma de la iniciación cristiana hoy*, 34.

14 E. ALBERICH SOTOMAYOR, *La Catequesis en la Nueva Evangelización*, en: *Note di Pastorale Giovanile* < [http://notedipastoralegiovanile.it/index.php?option=com\\_content&view=article&id=3085%3Ael-nuevo-paradigma-de-la-catequesis-el-nuevo-paradigma-de-la-catequesis&catid=347%3Aquestioni-catechetice&Itemid=264](http://notedipastoralegiovanile.it/index.php?option=com_content&view=article&id=3085%3Ael-nuevo-paradigma-de-la-catequesis-el-nuevo-paradigma-de-la-catequesis&catid=347%3Aquestioni-catechetice&Itemid=264)> (3/05/2020).

15 Cf. E. ALBERICH SOTOMAYOR, *Catequesis evangelizadora. Manual de catequética fundamental*, Madrid 2009, 19-37.

16 Cf. AECA, *Hacia un nuevo paradigma de la iniciación cristiana hoy*, 11-25.

17 Entre las “situaciones problemáticas” el autor señala: 1) El relativo fracaso del proceso tradicional de iniciación cristiana, que se ha convertido, para muchos niños y jóvenes, en un verdadero «proceso de conclusión». 2) La crisis evidente de la socialización religiosa y de la educación en la familia y en la escuela. 3) El carácter ampliamente infantil a infantilizante de la catequesis, mientras resulta siempre precaria y descuidada la catequesis de adultos. 4) El problema siempre abierto de la pastoral sacramental, con sus tradicionales ambigüedades y componendas. 5) La asignatura pendiente del lenguaje de la comunicación religiosa, que no es significativo y no co-

Pero, y ¿si en realidad esta crisis tuviese que ver, no tanto con la presente situación ambiental o los problemas de los itinerarios de iniciación cristiana, sino con la forma que tenemos de concebirla? Es decir, no es cuestión de que simplemente no iniciamos porque los itinerarios de la iniciación cristiana no se ajustan a la nueva situación de increencia y de ruptura entre la fe y la cultura que se ha generado desde la modernidad; sino porque, en realidad, la manera o imagen teórica con la que concebimos la iniciación cristiana no se ajusta a su sentido originario y, por lo tanto, a la originalidad que le es propia y que la distingue de otros procesos iniciáticos religiosos. Una originalidad que quizás encaje mejor y sea la más adecuada para el presente momento.

A la luz de esta pregunta y planteamiento, podríamos interrogarnos, además, si en nuestro camino de reflexión y búsqueda no nos habríamos centrado sólo en el “hacia” del nuevo paradigma de catequesis, dejándonos deslumbrar sólo por la preocupación de ofrecer un esbozo del mismo en sus líneas operativas y estratégicas y en sus elementos metodológico-pedagógico. Quizás lo oportuno sea retornar de nuevo sobre el paso antecedente, aquel que nos recuerda que en todo “hacia” (punto de llegada) hay siempre un “desde” (punto de partida). En pastoral lo diríamos así: sólo desde un buen análisis de la realidad se puede hacer una buena proyección pastoral. En este caso, no estamos sugiriendo analizar la realidad histórico-social y cultural y eclesial-pastoral en que se encuentra la iniciación cristiana; ni tampoco retornar sobre la fundamentación teológico-sacramental, que ha sido riquísima en los últimos años y que tanto ha aportado a la reflexión catequético-pastoral sobre la iniciación cristiana; cuanto acudir a la base o fundamentación de la estructuración de los paradigmas: las figuras o imágenes y el modelo que están en la base.

Como se indicaba hace un momento, todo paradigma se basa en una serie de figuras o imágenes previas. Éste se considera superado cuando no consigue explicar los nuevos problemas, lo cual exige volver a proponer un nuevo modelo o visión teórica de la realidad, que, por su capacidad resolutive de los problemas, pueda convertirse en el nuevo paradigma. Ciertamente, la preposición “hacia” responde al principio escatológico de toda pastoral, que

---

munica. 6) La inadecuada a insuficiente formación pastoral y catequética, tanto de los catequistas y agentes pastorales como de los mismos sacerdotes y seminaristas (E. ALBERICH SOTOMAYOR, *La Catequesis en la Nueva Evangelización*).

primeramente orienta a la Iglesia hacia la plenitud que sólo Dios tiene y que, por ende, hace consciente a la Iglesia de la caducidad de todas sus estructuras pastorales y, por supuesto, también sus paradigmas. De modo que el cambio forma parte de la entraña de la Iglesia, y que la realidad cambiante de cada época no hace otra cosa que recordárselo a la Iglesia.

Ante esta situación, *mi hipótesis de trabajo* es que para abandonar definitivamente el superado “paradigma tridentino”, y avanzar “hacia” la construcción del nuevo, mucho más adecuado a nuestro tiempo, se precisa pasar por un paso intermedio: establecer un “nuevo modelo” de iniciación cristiana. Sobre esto nadie tiene dudas<sup>18</sup>. Pero para ello, previamente y antes que nada, necesitamos urgentemente identificar y asentar una nueva imagen o figura que defina adecuadamente lo que es la vida cristiana y su iniciación. En síntesis, el cambio de paradigma depende, ante todo, del cambio de imagen o figura de fondo sobre la que éste pretende basarse, la cual ha de ser a la vez fiel a la tradición y también a la situación actual y a sus exigencias histórico-culturales.

El documento de los Obispos españoles sobre la iniciación cristiana la define de la siguiente manera:

“La Iniciación cristiana es la inserción de un candidato en el misterio de Cristo, muerto y resucitado, y en la Iglesia por medio de la fe y de los sacramentos. El Catecismo de la Iglesia Católica, inspirándose en las Observaciones generales tanto del Ritual del Bautismo de Niños como del Ritual de la Iniciación cristiana de Adultos, afirma: La Iniciación cristiana, como ‘participación en la naturaleza divina’, ‘se realiza mediante el conjunto de los tres sacramentos: el Bautismo, que es el comienzo de la vida nueva; la Confirmación, que es su afianzamiento; y la Eucaristía, que alimenta al discípulo con el Cuerpo y la Sangre de Cristo para ser transformado en él’.

“Esta inserción en el misterio de Cristo va unida a un itinerario catequético que ayuda a crecer y a madurar la vida de fe. En efecto, ‘la

18 Cf. AECA, *Hacia un nuevo paradigma de la iniciación cristiana hoy*, 31-35.

catequesis es elemento fundamental de la Iniciación cristiana y está estrechamente vinculada a los sacramentos de la iniciación’<sup>19</sup>.

Así pues, y desde el *punto de vista teológico y litúrgico-sacramental*, por iniciación cristiana ha de entenderse la incorporación del candidato, mediante los tres sacramentos de iniciación, en el misterio de Cristo, muerto y resucitado, y en la comunidad de la Iglesia, sacramento de salvación; de tal modo que el iniciado, profundamente transformado e introducido en la nueva condición de vida, muere al pecado y comienza una nueva existencia hacia su realización plena. Esta comprensión de la iniciación cristiana como un itinerario progresivo participación misteriosa en la muerte y resurrección de Cristo, de configuración con Cristo pascual, e incorporación a la Iglesia<sup>20</sup>, tiene como imagen de fondo la inmersión y emersión, que queda patente en el baño bautismal, y se realiza a través de los misterios o sacramentos de la iniciación cristiana.

Por su parte, y desde el *punto de vista pastoral-catequético*, se define la iniciación como un “itinerario de conversión y crecimiento en la fe”, que se realiza a través de la catequesis de iniciación como su elemento fundamental. En efecto, “mediante el itinerario catequético, que precede, acompaña o sigue a la celebración de los sacramentos, el catequizando alcanza el conocimiento del misterio de la salvación, afianza su compromiso personal de respuesta a Dios y de cambio progresivo de mentalidad y de costumbres, fundamenta su fe y avanza en el aprendizaje de la vida cristiana, acompañado por la comunidad eclesial”<sup>21</sup>. La imagen de fondo de esta perspectiva es la del camino o itinerario. Como indica el profesor Manuel del Campo, la iniciación cristiana como proceso o itinerario de fe tiene aquí un triple sentido, que viene a unirse al teológico y litúrgico-sacramental que señalábamos: como ejercicio gradual y completo de la vida cristiana; como formación orgánica, sistemática y básica

19 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La iniciación Cristiana. Reflexiones y orientaciones*, Madrid 1998. En adelante IC.

20 M. A. HALLER, ‘*La iniciación cristiana, itinerario progresivo de configuración con Cristo pascual: ‘Somos bautizados y confirmados en orden a la Eucaristía’ (SCa. 17)’*”, en: *Revista Teología* (2017) 122, 60-61 (47-67).

21 M. DEL CAMPO GUILARTE, *La iniciación cristiana*: en: VM<sup>a</sup>. PEDROSA – M<sup>a</sup>. NAVARRO – R. LÁZARO – J. SASTRE, *Nuevo Diccionario de Catequética*, vol. I, Madrid, 1999, 1248 (1238-1260). En adelante, NDC.

de la fe cristiana; y como un camino desarrollado con gradualidad y progresión a recorrer en distintas etapas<sup>22</sup>.

Mi planteamiento consiste en una decidida vuelta a esta imagen del “camino” o “itinerario” con el que se asocia a la iniciación cristiana, pero en su *sentido pleno u holístico*. Para ello recurriremos a la concepción bíblico-paulina y patristico-catecumenal de la vida y la iniciación cristiana, la cual a su vez englobaría los cuatro sentidos particulares de la iniciación indicados por el profesor M. del Campo. Concretamente y, en primer lugar, se retoma la imagen paulina de vida cristiana como “carrera” y “competición” atlética y como “lucha” bélica. En segundo lugar, lo haremos a través de la concepción catecumenal de la antigüedad cristiana, que describe la iniciación en términos de entrenamiento o ejercitación para dicha vida; y la cual, en continuidad con san Pablo, concibe el catecumenado en términos de “tirocinio” (aprendizaje o formación), “noviciado”, e incluso “palestra” o “gimnasio”.

En realidad, este sentido holístico de la iniciación cristiana se recuperaba en algunos de los documentos eclesiales recientes sobre la pastoral y la catequesis, como el *Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos* o el *Directorio general para la Catequesis*. No obstante, en su sentido pleno ha pasado prácticamente desapercibido tanto para la reflexión como para la praxis pastoral; quizás debido a la insuficiente traducción de “tirocinio/noviciado” por “aprendizaje”, que como se verá, en castellano no recoge todos los matices del término latino.

Nuestro planteamiento nos permitiría retomar la pregunta que nos hacíamos (“¿y si el problema de la iniciación tuviese que ver no tanto con la presente situación ambiental o los itinerarios de iniciación cristiana, sino con la forma que tenemos de concebirla?”); y ofrece la posibilidad de lanzar una nueva hipótesis de trabajo y un eventual comienzo de la solución del problema de la iniciación cristiana y la construcción del nuevo paradigma. Así pues, ¿qué pasaría si para ir avanzando “hacia” un “nuevo paradigma” de la iniciación cristiana lo hacemos partiendo “desde” la “nueva imagen” de iniciación que surge de esta comprensión paulino-catecumenal de la vida cristiana y su iniciación?

22 Cf. M. DEL CAMPO GUILARTE, *La Iniciación cristiana*, pp. 1248-1253.

La posibilidad de recurrir a estas imágenes más bíblicas y catecumenales de la iniciación a la vida cristiana, se vuelve muy atractiva porque se trata de volver a las fuentes constitutivas y normativas de la fe, y toda vuelta a las fuentes es garantía de renovación en la Iglesia. De otra parte, si nuestro planteamiento es válido, entonces se le abrirían a la iniciación cristiana nuevos caminos para superar esta situación problemática de la que venimos hablando; y a la catequesis, y no sólo a la de iniciación cristiana, también. Finalmente y, en el caso que la propuesta consiga resolver de manera adecuada éstos y otros problemas pastorales y catequéticos en torno a la iniciación, particularmente esta perspectiva originaria y original podría llegar a formalizarse en un “nuevo paradigma de catequético”.

### **INICIACIÓN CRISTIANA COMO “ENTRENAMIENTO” A LA CARRERA Y AL COMBATE DE LA VIDA DE FE**

El mensaje apostólico de Pablo de Tarso está impregnado de vocabulario proveniente de la vida deportiva y militar para referirse a la vida de los cristianos y su comportamiento. Con él podían entender mejor lo que significaba ser cristiano y cuáles eran las exigencias que conllevaba. Así les prevenía y exhortaba, recurriendo a las virtudes y a la ética agonística, sobre la necesidad del esfuerzo, de la competición, de la lucha y el sacrificio en la vida de fe. Incluso, aunque no lo veremos, lo emplea para aplicarlo a su propia misión apostólica, que considera como una carrera y competición atlética en la que él mismo es un “heraldo”, “corredor” y “púgil”<sup>23</sup>.

Esta clave paulina es fundamental para entender el catecumenado bautismal de adultos de la antigüedad, que es descrito por algunos santos Padres como un “gimnasio” donde el catecúmeno, a modo de atleta, se prepara para la carrera de la fe, la cual comienza cuando reciban por el bautismo y el resto de sacramentos de iniciación la vida cristiana. Esta perspectiva paradigmática de los modelos y formas de iniciación cristiana de la Iglesia nos permite entender y definir la Iniciación a la vida cristiana como un entrenamiento, ejercitación o adiestramiento.

---

23 v. A. ORTEGA, *Metáforas del deporte en San Pablo*, en: *Helmantica* (1964) n. 15, 95-101 (71-105).

### La vida cristiana como carrera, combate y lucha: la perspectiva paulina

San Pablo aprovechó el concepto griego de *agón* (griego clásico ‘ἀγών’; del latín ‘agon, -ōnis’: combate, contienda, desafío, disputa o lucha), utilizándolo como metáfora de la carrera y combate espiritual para ilustrar la vida cristiana y sus exigencias. Consecuentemente empleará la ética agonística para referirse al modo de comportamiento de los cristianos, a los que compara con las figuras del corredor en el estadio y del púgil que lucha en la arena.

La emergencia del deporte, tal y como ha demostrado Rodríguez Adrados, depende en Grecia de los grandes conjuntos agonales<sup>24</sup>, los cuales estaban siempre “al servicio de la defensa de los valores y tradiciones de la *polis*. El hombre griego no hacía ejercicio físico o deporte para entretenerse, sino movido por el espíritu agonal, o espíritu competitivo y de superación”<sup>25</sup>. De hecho, el objetivo primordial de la educación o *paideia* griega pivota alrededor de ese espíritu agonístico que había de configurar una personalidad en los jóvenes preparada para el combate, de modo que diesen prestigio a la *polis*.

El ciudadano griego lucha por doquier: deportivamente, en los gimnasios y en los estadios en las diferentes competiciones; militarmente, en los campos de batalla y demás certámenes que regulaban la vida helénica; y con la fuerza de la palabra en el ágora y en el foro<sup>26</sup>. En síntesis, los antiguos griegos convirtieron el *agón*, en competitivo, cuanto realizaban, de manera que todas las facetas de la actividad podían llevarse a extremos de perfección. Pero la contienda, el desafío o la disputa, los retos o el ganar en cualquier aspecto de la vida, no eran entendidos como lo hacemos en la actualidad, de un modo individualista, sino que eran un elemento generador de un fuerte sentimiento de pertenencia a una comunidad y a sus reglas, lo cual convertían estos desafíos en un elemento de cohesión social.

24 F. RODRÍGUEZ ADRADOS, “Mito, rito y deporte en Grecia”, en: Estudios Clásicos, XXXVIII (1996) n. 110, pp. 7-31; tomado de: M.A. BETANCOR - G. SANTANA - C. VILANOU, *De spectaculis. Ayer y hoy del espectáculo deportivo*, Madrid-Las Palmas 2001, 16-17.

25 M.A. BETANCOR - G. SANTANA - C. VILANOU, *De spectaculis*, 17.

26 Cf. *Ibid.*, 17-18.

- ***Las metáforas deportivas***

Debido a este genuino espíritu agónico que caracteriza la cultura griega, como se ha llegado a afirmar, “parece obvio, pues, que una de las diferencias sustanciales entre el mundo griego y las otras culturas vecinas viene determinada justamente por la práctica sistemática de los ejercicios deportivos. El deporte distingue la cultura helénica respecto de otras civilizaciones consideradas por los griegos como bárbaras”<sup>27</sup>.

El uso del lenguaje deportivo, concretamente, era frecuente entre los oradores y escritores grecolatinos, sofistas, cínicos y estoicos. Incluso se ha demostrado que en los escritos del judío Filón de Alejandría se encuentran algunas frases, términos y expresiones similares a las que usa Pablo<sup>28</sup>. Particularmente, comparar la vida humana con los juegos atléticos era ya un lugar común en la filosofía estoica, lo cual propició que más tarde se considerase al cristiano como un atleta o soldado de Dios.

Por su ascendencia judía y griega, y al igual que otros cristianos, Pablo se aprovechó para su obra de evangelización de las categorías conceptuales y de los recursos retóricos de la cultura griega. “No en vano había él recibido en su infancia, junto a la educación semítica, la cultura helénica por medio de lecturas y conversaciones en las escuelas de Tarso, su ciudad natal. Centro culturalmente émulo de Alejandría y Atenas, en él se respiraba aquella atmósfera universalista del helenismo, que hacía de sus habitantes verdaderos ciudadanos del mundo, y que tan felizmente predisponía a la misión apostólica del mensaje cristiano. Allí el estoico Antípatro de Tarso, maestro de Panecio, siguiendo los anhelos de Zenón de Citio, enardecía a sus compatriotas con la aspiración suprema de que todos, dioses y hombres, formasen una gran familia”<sup>29</sup>.

Pero no sólo a nivel intelectual, tampoco se podría excluir que Saulo aprendiese algunos de los ejercicios gimnásticos o atléticos, y que llegase a practicarlos

---

27 Ibid., 18.

28 Cf. T.E. BOLAÑO MERCADO, *Análisis pragmalinguístico de Cor 9*, 24-27, p. 348-349.

29 A. ORTEGA, *Metáforas del deporte en San Pablo*, 74.

durante su juventud. De esta manera pudo familiarizarse con el espíritu y lenguaje agonístico empleado más tarde en sus escritos.

Consecuentemente, era lógico que de este ambiente en el que se movió y se movía, San Pablo extrajese ejemplos, similitudes, imágenes, comparaciones, modelos y expresiones de la vida deportiva y militar para referirse a la vida cristiana<sup>30</sup>. Tal es la importancia en sus escritos de este recurso lingüístico que se ha llegado a afirmar que “después de Heródoto y Platón es San Pablo, entre los prosistas griegos, quien mayor consumo hace del vocabulario deportivo, alzándose casi con el monopolio del mismo entre los escritores neotestamentarios”<sup>31</sup>.

De manera particular resulta llamativo que, a pesar de sus críticas, a menudo virulentas, contra el deporte pagano, san Pablo introduzca las imágenes deportivas en la primera carta a los Tesalonicenses. Se trata del “primer testimonio histórico escrito del Nuevo Testamento”, y “por tanto la primera vez que la lengua griega es vehículo literario del mensaje cristiano”<sup>32</sup>, lo cual está indicando una vez más la importancia de este lenguaje para el anuncio evangélico. Por todo ello, “en ocasiones se ha presentado a Pablo como el apóstol deportista que, además de introducir en el Nuevo Testamento el léxico deportivo de su época, acercaba la ética del estadio a la moral del Evangelio”<sup>33</sup>.

30 Cf. M.A. BETANCOR - G. SANTANA - C. VILANOU, *De spectaculis*, 25-26.

31 A. ORTEGA, *Metáforas del deporte en San Pablo*; Existe una abundante bibliografía al respecto dentro y fuera de los escritos cristianos: v. Y. BROSSARD, *El deporte. Puntos de vista cristianos*, Barcelona 1968; M.A. BETANCOR - G. SANTANA - C. VILANOU, *De spectaculis. Ayer y hoy del espectáculo deportivo*, Madrid-Las Palmas 2001; P.F. ESLER, *Paul and the agon. Understanding a Pauline motif in its cultural and visual context*, en: A. WEISSENRIEDER (ed.), *Picturing the New Testament. Studies in ancient visual images*, Tübingen 2005, 356-384; A. KOCH, “Sobre el problema ‘Cristianismo y ejercicios físicos’”, en: *Citius Altius Fortius* 10 (1968), 333-351; V.C. PFITZNER, *Paul and the agon motif. Traditional athletic imagery in the Pauline literatura*, Leiden 1967; W. WEISMANN, *Kirche und Schauspiele. Die Schauspiele im Urteil der lateinischen Kirchenväter unter besonderer Berücksichtigung von Augustin*, Würzburg 1972; E. WINTER, *Die Stellung der frühen Christen zur Agonistik*, en: *Stadion* 24 (1998), 13-29; T.E. BOLAÑO MERCADO, *Análisis pragmalingüístico de Cor 9, 24-27. El deporte en perspectiva paulina*, en: *Cuestiones Teológicas*, Vol. 38 (2011) n. 90, pp. 347-375.

32 A. ORTEGA, *Metáforas del deporte en San Pablo*, 75.

33 A. ORTEGA, *El deporte, símbolo paulino de la paz*, en: *Helmantica* (1952) nn. 9-10, 127-133. Tomado de: M.A. BETANCOR - G. SANTANA - C. VILANOU, *De spectaculis*, 26.

En los escritos paulinos encontramos mencionadas diversas competiciones o pruebas deportivas de los juegos deportivos griegos, llamadas *agones*: los *atléticos* (carreras, saltos de longitud y lanzamientos de disco y jabalina); pero también los *agones luctatorios* (pruebas de lucha y pugilato o boxeo). No obstante, de entre ellas, sin duda alguna la visión del corredor en el estadio, la prueba de carrera a pie que era el *agón* más sencillo y el más antiguo de los conocidos en Olimpia<sup>34</sup>, es la imagen agonística favorita de san Pablo; y, juntamente con ella, la de la lucha o pugilato o boxeo. Sin menosprecio de las otras metáforas atléticas<sup>35</sup>, nos centraremos en estas dos. Los textos donde emplea este lenguaje son específicamente en Rom 9,16; 2 Cor 4,7s.; Gal 2,2; 5,7; Filip 2,16s; 3,12s.; 1 Tim 1, 18; 4,7 s.; 2 Tim 4,7 s.; 2,5; Heb; 12,1s; y, especialmente en 1 Cor 9,24 – 27.

Las dos disciplinas atléticas en las que nos centraremos aparecen mencionadas claramente en relación a la vida cristiana en la primera carta a los corintios (1 Cor 9,24-27)<sup>36</sup>. Constituye el pasaje donde mejor se patentiza la vida cristiana una competición atlética en términos de carrera y lucha (pugilato), ofreciéndonos el cuadro más detallado de la dimensión atlética del cristianismo. El mismo Apóstol de los gentiles se compara con los corredores y los combatientes de los juegos ístmicos, bien conocidos por los corintios. La imagen de los deportistas y atletas que compiten en una carrera y luchan en el foso de arena, se trata de un ejemplo muy familiar para los habitantes de Corinto donde, a no más de cinco kilómetros, se hallaba el famoso estadio de los Juegos Ístmicos, una especie de olimpiadas que se celebraban cada dos

34 Cf. A. ORTEGA, *Metáforas del deporte en San Pablo*, 95.

35 Sobre el empleo paulino de otras metáforas extraídas de los combates atléticos de lanzamientos de disco y jabalina y de los deportes marinos: v. A. ORTEGA, *Metáforas del deporte en San Pablo*, 101-105.

36 <sup>34</sup> Ya sabéis que en las **carreras del estadio** todos **corren**, pero sólo uno recibe en premio. ¡Pues corred, de manera que lo consigáis! <sup>25</sup> Los atletas se privan de todo, y total! ¡Por una corona que se marchita!; nosotros, en cambio, competimos por una inmarcesible. <sup>26</sup> Así pues, yo corro, pero non sin ton ni son; y **lucho como si fuera un púgil**, pero no lanzando golpes al vacío; <sup>27</sup> al contrario, golpeo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que, habiendo proclamado a los demás, resulte yo mismo descalificado” (*Biblia de Jerusalén*. Nueva Edición Manual, Bilbao <sup>4</sup>2009). Los subrayados son míos. Los textos bíblicos, salvo que se indique lo contrario se tomarán de esta edición de la *Biblia de Jerusalén*.

primaveras en honor de Poseidón, el dios de los mares, y casi tan célebres como los que cada cuatro años se celebraban en Olimpia<sup>37</sup>.

A partir de las figuras del corredor en el estadio y del púgil que lucha en la arena, san Pablo desarrolla en estos textos todo un léxico deportivo que emplea simbólicamente para ilustrar el significado de la vida cristiana y sus exigencias (dimensión agonística):

- El *estadio* es el mundo;
- la *carrera*, muchas veces llenas de obstáculos, lo mismo que *el combate*, es la vida cristiana;
- el *atleta* es el cristiano;
- la *meta*, Cristo;
- el *premio final*, la corona, es el cielo o la salvación;
- la ética agonística, la limpieza en la competición.
- ***Las metáforas militares***

Juntamente con el lenguaje deportivo, en los textos paulinos el cristiano viene comparado con un “guerrero”. San Pablo recurre también al léxico militar para ilustrar la vida cristiana, empleando para ello frecuentes expresiones, similitudes y comparaciones provenientes de este campo. Parecería como un desarrollo ulterior de la figura agonística del púgil que lucha en la arena. De este modo, pasamos del luchador en el foso de arena deportivo al guerrero en el campo de batalla, aunque siempre con un mismo significado: combatir el buen combate de la fe, conservar la fe hasta el final.

---

37 Cf. Nota a 1 Cor 9, 19-27 de *La Biblia*, Casa de la Biblia, Madrid 1992, p.1734. Y no sólo en Corinto, sino en otras tantas ciudades que san Pablo recorrió, podemos contemplar hoy día las ruinas de espléndidos estadios: Antioquía, Salamina, Perge, Atenas, Éfeso, Roma,... (Cf. S. MUÑOZ IGLESIAS, *Por las rutas de san Pablo*, Madrid 1981, 120-121).

En la carta a los efesios es donde mayor desarrollo tiene esta metáfora, al equiparar la impedimenta del legionario romano con las virtudes cristianas y demás recomendaciones espirituales que han de servir de armadura y equipamiento militar al cristiano en su combate espiritual contra el mal. En este pasaje, a través de la analogía del soldado que se prepara a la batalla colocándose todo su equipamiento y permaneciendo en vela, de la misma manera Pablo exhorta al cristiano para disponerse a la batalla espiritual:

“Poneos en pie, *ceñida vuestra cintura con la verdad y revestidos de la justicia como coraza*, calzados los pies con *el celo por el Evangelio de la paz*, embrazando siempre el escudo de la fe, para que podáis apagar con el todos los encendidos dardos del maligno. Tomad también, *el yelmo de la salvación* y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios; siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu, velando juntos con perseverancia e intercediendo por todos los santos, y también por mí” (Ef 6, 14-19).

El Apóstol desarrollará esta metáfora en otros pasajes, justificando teológicamente porque ésta ha de ser la indumentaria del cristiano que se dispone a vivir su fe como un soldado. En su primera epístola a los tesalonicenses, san Pablo indica que los cristianos no viven en la oscuridad, no son de la noche o de las tinieblas, sino hijos de la luz e hijos del día, de manera que deben mantenerse en vela y sobrios. Por eso les invita a *revestirse* “la *coraza de la fe* y de la caridad, *con el yelmo* de la esperanza *de salvación*” (cf. 1 Tes 5, 4-11). Por el contrario, deberán despojarse “de las obras de las tinieblas” y a revestirnos “de las armas de la luz”, lo cual significa revestirse del Señor Jesucristo y dejar de estar preocupados por la carne para satisfacer sus concupiscencias (cf. Rom 13, 12). Finalmente, en la segunda epístola a los corintios, recomienda a los colaboradores en su ministerio a hacer como él sólo uso de las “armas de la justicia: a diestra y siniestra”, esto es, emplear las armas ofensivas y defensivas de la justicia (cf. 2 Cor 6, 7).

Así pertrechados para la lucha, es como se combate el buen combate por la fe. Pablo así anima a hacerlo a su amigo Timoteo: “combate, apoyado en ellas [en las profecías pronunciadas sobre Timoteo en su investidura apostólica], el

buen combate, conservando la fe y la conciencia recta; algunos, por haberla rechazado [la recomendación], naufragaron en la fe” (1 Tim 1, 18-19). Un combate que, como recuerda en la epístola a los filipenses, consiste en llevar “una conducta digna del Evangelio de Cristo”, “firmes en un mismo espíritu” y luchando “unánimes por la fe del Evangelio”, y sin dejarse “intimidar en nada por los adversarios”. Pablo indica, finalmente, que éste es el mismo combate que vieron en él, y que padecer por Cristo de esta manera es una gracia que se les ha concedido, como lo es igualmente la gracia que se les ha otorgado por creer en Cristo (cf. Flp 1, 27-30).

El mismo Apóstol anima en la segunda epístola a Timoteo a seguir su propio ejemplo sacando a colación este espíritu agonístico que debe caracterizar la actuación de todo cristiano: “He competido en la noble competición, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe. Y desde ahora me aguarda la corona de la justicia que aquél Día me entregará el Señor, el justo Juez; y no sólo a mí, sino también a todos los que hayan esperado con amor su Manifestación” (2 Tim 4, 7-8).

La idea de combate, gracias a la influencia paulina, se convertirá en un lugar común en la literatura patristica, donde las metáforas deportivas se relacionan con una lucha ascética, una ascética militante o un combate por la virtud contra el diablo. Tal es el caso de Clemente Romano en su *Carta a los Corintios* (7, 1) o san Agustín en su obra *El combate cristiano (De agone christiano, 1, 1)*. Por su parte, la “triple divisa paulina” de este texto (“he competido en la noble competición, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe), se convertirá, con el paso del tiempo, en uno de los elogios más preciados para designar la vida de un perfecto cristiano, como por ejemplo lo hará Gregorio de Nisa (*Vida de santa Macrina, 19, 25-40*), o san Jerónimo en el epitafio de santa Paula (*Carta CVIII, 22*)<sup>38</sup>.

### - ***El entrenamiento del espíritu***

San Pablo no sólo se refiere a la vida cristiana como un combate en el estadio o en el campo de batalla, sino que también urge a los creyentes a ejercitarse

38 Cf. M.A. BETANCOR - G. SANTANA - C. VILANOU, *De spectaculis. Ayer y hoy del espectáculo deportivo*, Madrid-Las Palmas 2001, 27-28.

o entrenarse continuamente y con esfuerzo, al modo de cómo lo hacen los atletas, en la vida del espíritu, que es piedad, bien y conciencia limpia.

Como recoge A. Ortega, en griego existen tres verbos que en el deporte antiguo designan el entrenamiento atlético, y que son incorporados al Nuevo Testamento por San Pablo con un contenido espiritual. Los verbos son ἀσκεῖν, ἀθλεῖν y γυμνάζειν y significan ejercitarse, entrenar, competir.

El sentido metafórico del primero de los vocablos (ἀσκεῖν), del que proviene el término “ascesis”, llegará después de un largo camino, cuando poetas y pensadores lo aplican a conceptos de espíritu<sup>39</sup>. La base real sobre la que más tarde se construirán los sentidos figurados espiritual y trascendente, de este vocablo, es el entrenamiento corpóreo, aludiendo a los ejercicios físicos que preparan y ponen en forma al atleta<sup>40</sup>. Por otro lado y, a pesar del uso tan común en el helenismo judío y en la literatura cristiana posterior del grupo ἀσκέω, el único lugar en el que aparece este verbo en el Nuevo Testamento, y con un contenido espiritual, es en el libro de los *Hechos de los Apóstoles*<sup>41</sup>. San Pablo reconoce en este pasaje que “por eso, yo también me esfuerzo por tener constantemente una conciencia limpia ante Dios y ante los hombres” (Hch 24, 16).

A pesar de aparecer sólo una única vez, este serio interés o esfuerzo atlético por mantener una recta conciencia, en el Apóstol va unido al implacable y drástico adiestramiento del nuevo atleta del espíritu, y que a modo de la

39 “El término es usado por Homero para referirse al empeño artístico, pero después es aplicado espiritualmente a partir de Herodoto y Píndaro, y figura en los estoicos para referirse a domar las pasiones, ejercitarse en la virtud, y controlar los pensamientos” (G. KITTEL – G. FRIEDRICH – G.W. BROMILEY, *Compendio del diccionario teológico del nuevo testamento*, Grand Rapids 2002, 73).

40 Cf. A. ORTEGA, *Metáforas del deporte en San Pablo*, 85-86.

41 “Es sorprendente, pero tal vez puramente accidental, que el grupo σκέω, que es tan común en el helenismo judío y en la literatura cristiana posterior, no se use con mayor frecuencia en el NT (especialmente en vista del paralelo en 1 Ti. 4:7-8)”. Por su parte, “Filón encuentra en Jacob el modelo de σκητής sobre la base de Génesis 32:24ss. Algunos padres posteriores como Clemente y Orígenes adoptan el mismo uso y ejemplo [...]” (G. KITTEL – G. FRIEDRICH – G.W. BROMILEY, *Compendio del diccionario teológico del nuevo testamento*, 73-74).

ascesis atlética prescrita en las severas reglas del gimnasio, se describe en el mencionado pasaje de *1 Cor 9,25*. De hecho, los múltiples esfuerzos atléticos por mantener la recta conciencia vienen presentados aquí como una dura autodisciplina compuesta de abstenciones, de privaciones corporales, de disciplina física<sup>42</sup>. Un entrenamiento que, por otro lado, debe concebirse como algo permanente y no circunstancial, como si se pretendiese alcanzar con ello un estado habitual<sup>43</sup>.

Por su parte, ἀθλέω, que literalmente significa “entrar en competencia o conflicto”, en nuestro contexto significa esforzarse, competir. Así, en 2 Timoteo sugiere la necesidad de esfuerzo, sacrificio y disciplina (2, 5); y su compuesto συναθλέω en Filemón contiene la idea de esforzarse, sufrir y trabajar juntos (1, 27; 4, 3). Finalmente, ἄθλεις, que en el citado pasaje de la Carta a los Hebreos, evoca la imagen de la lucha pública en el estadio (10, 32-33)<sup>44</sup>.

El último de los verbos, γυμνάζειν o γυμνασία, es un término más preciso que el anterior de ἄσκειν. Guarda una íntima conexión con la medicina y con la magia, y es uno de los factores esenciales de la παιδεία. El verbo γυμνάζειν, en sentido literal es “ejercitarse desnudo”. Hace referencia al atleta que, desnudo, se entrega a los varios ejercicios físicos para mantenerse en forma, y de lo cual surge el significado de entrenarse.

En san Pablo, al igual que todo el resto del Nuevo Testamento, el término se usa sólo en forma figurada para darle un sentido trascendente y hablar del *entrenamiento del espíritu*. Así lo encontramos en la Primera epístola a Timoteo, donde invita a su amigo a “ejercitarse en la piedad”, abandonando “los ejercicios corporales”, pues sólo esta fatiga y lucha vale la pena, ya que con ella se pone la esperanza “en Dios vivo, que es salvador de todos los hombres”

42 Cf. A. ORTEGA, *Metáforas del deporte en San Pablo*, 86-87; G. KITTEL – G. FRIEDRICH – G.W. BROMILEY, *Compendio del diccionario teológico del nuevo testamento*, 73-74.

43 Como recuerda en nota al pie de página A. Ortega, σκησις, vocablo común a la palestra y a la medicina, fue escogido por los escritores eclesiásticos primitivos para designar a los ejercicios y mortificaciones con que adiestrarse en la perfección cristiana” (Id., “*etáforas del deporte en San Pablo*, 86, nota 50).

44 Cf. G. KITTEL – G. FRIEDRICH – G.W. BROMILEY, *Compendio del diccionario teológico del nuevo testamento*, 28.

(1 Tim 4,7-11), y no en “una corona que se marchita” (1 Co. 9, 25ss). Este significado lo vemos desarrollado en otro pasaje paralelo en el que dice: “renunciemos a la impiedad y a las pasiones mundanas, y vivamos con sensatez, justicia y piedad en el tiempo presente” (Fil. 2, 12). Del mismo modo, en la Carta a los Hebreos, se invita a “ejercitarse en el discernimiento del bien y del mal” (5, 14) y en la “justicia” (12, 11)<sup>45</sup>.

Por ello, y “sin descuidar el hecho de que el texto paulino da a la noción de piedad y a su ejercicio una extensión muy amplia, “ad omnia utilis est”, es justo subrayar que con toda verosimilitud este texto constituye el origen de la antiquísima distinción entre “exercitia corporalia”, con los que se indicaba sobre todo la práctica de la mortificación y de la ascesis cristiana y “exercitia spiritualia”, que indicaban especialmente las diversas formas de oración”<sup>46</sup>.

En síntesis, el entrenamiento en el espíritu supone un ejercitarse en la conciencia y en la piedad, en el sentido de competencia o conflicto contra las pasiones de la carne, lo cual no significa caer en una ascesis dualística que implica su anulación, para someterse a los impulsos del espíritu. Se trata de una ejercitación que hoy podríamos denominar ético-ascética; por lo tanto, un discernimiento entre el bien y del mal. Esta ejercitación, por otro lado, supone un esfuerzo permanente, un fatigarse por Cristo que ha de convertirse en un hábito, en algo continuo y permanente.

---

45 Cf. G. KITTEL – G. FRIEDRICH – G.W. BROMILEY, *Compendio del diccionario teológico del nuevo testamento*, 110.

46 “Esta es, por ejemplo, la perspectiva del Ambrosiaster, el cual, comentando precisamente el texto paulino, subraya la diferencia que existe entre “exercitium corporale” y “pietas” (PL 17, 473-474). Así pues, desde los primeros siglos, mientras que la palabra “exercitium” entra en el lenguaje cristiano para indicar el empeño que el discípulo de Cristo debe poner tanto en la práctica de la virtud como en la práctica de la oración, la expresión “exercitia spiritualia” se emplea sobre todo para indicar la oración. Con todo, aun siendo muy antigua la identificación entre ejercicios de piedad y actividad de oración, la expresión “ejercicios de piedad” encontraría en el decurso de la historia cristiana diversas variaciones de significado, que merecen resaltarse” [E. Ruffini, *Ejercicio de piedad*, en: S. de FIORES - T. GOFFI – A. GUERRA (dir.), *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Madrid 1985, p. 407 (406-415)].

## La iniciación cristiana como entrenamiento o ejercitación: el catecumenado bautismal de adultos

La renovación de los estudios patrísticos y la profundización en la Tradición de la Iglesia de los primeros siglos, y que contribuyeron a la recuperación del *Ritual de la Iniciación cristiana de adultos* (RICA), ofrece hoy una nueva clave de comprensión de la iniciación cristiana, la cual conecta directamente con la concepción paulina de la vida cristiana de manera agonística como carrera y lucha atlética, o combate bélico para el que se precisa una ejercitación o entrenamiento espiritual.

En efecto, el RICA define el tiempo del catecumenado como un período de entrenamiento a la vida cristiana que, desde la perspectiva paulina de nuestro estudio, se comprende que algunos santos Padres lo hayan considerado como un “tirocinio” o un “noviciado”, una “palestra” o “gimnasio”, para la ejercitación y adiestramiento en la vida cristiana.

### - *El Catecumenado bautismal de adultos en la iglesia de los Padres*

El primero de los autores que consideraremos, *Tertuliano*, está convencido de que “los cristianos no nacen, se hacen”. Se necesita, por lo tanto, conversión y fe para ser admitidos al bautismo<sup>47</sup>. Para el primer escritor latino de la Iglesia cartaginense, “el bautismo es considerado el ‘sello de la fe’, de una fe que –como indica M. Dujarier– ha habido que despertar y profundizar precedentemente”. Por este motivo, “la iniciación es concebida como una única y misma entrada en una única y misma fe, pero por etapas sucesivas”<sup>48</sup>. De este modo, parecería que el itinerario catecumenal se encuentra marcado por tres etapas expresados con estos tres verbos: acceder a la fe (*accederé ad fidem*), entrar en la fe (*ingredi in fidem*), sellar la fe (*signare fidem*)<sup>49</sup>.

47 G. CAVALLOTTO, *Catecumenato antico. Diventare cristiani secondo i Padri*, Bologna 1996, 46: “Fiunt, non nascuntur christiani”: Tertuliano, *Apologeticum* 18, 4 (CCL 1, 118).

48 M. DUJARIER, *Breve Historia del Catecumenado*, Bilbao 1986, 38-39.

49 Cf. G. CAVALLOTTO, *Catecumenato antico*, 47.

Para Tertuliano, la segunda de las etapas, entrar en la fe, constituye el momento central del catecumenado y era el tiempo de la instrucción catequética y también de la formación moral. En este momento Tertuliano se refiere al catecumenado como un “tirocinio” (aprendizaje) y como un “noviciado”. En su obra *De Poenitentia*, nuestro autor da a los catecúmenos el nombre de “novicios” (*novicioli* eran los soldados de leva antes del juramento militar), y habla a propósito de ellos de “tirocinio de los oyentes” (*tirocinium auditorum*). De este modo compara al catecumenado con un “tirocinio o noviciado militar”, y lo define como un tiempo de ejercitación (tirocinia), en donde los catecúmenos, análogamente a los soldados de leva, se adiestraban o ejercitaban para el combate espiritual: para cambiar de vida dejando atrás el pecado y las malas costumbres<sup>50</sup>.

Estas expresiones militares referidas a los catecúmenos, que son menos frecuentes que las clásicas de “oyente” (*audiens, auditor*), aunque comunes entre los escritores antiguos<sup>51</sup>, no obstante permiten distinguir adecuadamente entre el joven “recluta” ( *tiro*), que hace su preparación básica, y que se refiere aquí al que ha decidido convertirse en prosélito de Cristo; y, por otro lado, el “soldado” (*miles*), que ha prestado juramento y ha sido marcado con un sello<sup>52</sup>.

Otros Padres de la Iglesia presentan el tiempo del catecumenado como un tiempo de “combate espiritual”. Tal es el caso de *Orígenes*, quien sigue los principios pastorales de Tertuliano y para el que entrar en el catecumenado es sobre todo inscribirse al combate de la piedad, de modo que tras una buena y valerosa lucha se pueda recibir la corona incorruptible de gloria<sup>53</sup>. Finalmente, para *Juan Crisóstomo*, la inscripción al registro de candidatos al bautismo, los “*illuminandi*” (los que van a ser iluminados), era considerada como un “alastamiento espiritual” (*Cat. V, 8*) para convertirse en “soldados de Cristo” (*Cat. V, 18 y VI, 8*). De este modo comenzaba un exigente tirocinio cuaresmal de formación prebautismal de treinta días en el que el *illuminandi* se empeñaba seriamente en una conversión radical, que implicaba un duro combate espiritual<sup>54</sup>.

50 Cf. *Ibid.*, 48: Tertuliano, *De poenitentia VI*, 1 y 14.

51 Cf. *Ibid.*, nota 27, p. 48.

52 Cf. M. DUJARIER, *Breve Historia del Catecumenado*, 52-53.

53 ORÍGENES, *Omelia III su Geremia*, GCS 8, 313; tomado de: G. Cavallotto, *Catecumenato antico*, 65.

54 Cf. G. CAVALLOTTO, *Catecumenato antico*, 119-120. Citaciones según la edición

Por su parte, Juan Crisóstomo también empleará otra de las analogías usadas por san Pablo para referirse a la vida cristiana y que están relacionadas con el mundo atlético. Lo hace aludiendo al tiempo de preparación prebautismal, que califica como un tiempo de ejercitación, tiempo de palestra y gimnasio<sup>55</sup>.

En síntesis, como indica Mons. Cavalloto, “ante todo, el catecumenado se caracteriza por ser un proceso formativo de los adultos, realizado en la comunidad eclesial, en función de la iniciación sacramental. El objetivo de la formación catecumenal es esencialmente el crecimiento espiritual del nuevo creyente: desarrollo en la fe, progreso en la conversión y cambio de vida, gradual inserción en la comunidad eclesial”<sup>56</sup>. Éste es el significado subyacente al término patristico de “*tirocinium*”<sup>57</sup>.

A pesar de tratarse de un cultismo en desuso en español, esta expresión patristica de *tirocinio* se retomaría recientemente por algunos documentos eclesiales importantes para nuestra temática, aunque levemente adaptada (*tirocinium totius vitae christianae*); y, por otro lado, traducida frecuentemente en español como “aprendizaje de toda la vida cristiana” o “formación y noviciado convenientemente prolongado de la vida cristiana”, pero despojada de toda connotación militar y gimnástica. Entre estos documentos, algunos de los cuales analizaremos a continuación, se encuentra el decreto conciliar sobre las misiones *Ad gentes* (AG 1965, n. 14); el RICA (1972, n. 19; 98), el *Código de Derecho Canónico* (CIC 1983, can. 788, § 2) y el *Directorio General para la Catequesis* (DGC 1997, n. 67)

---

italiana: Giovanni Crisostomo, *Le catechesi battesimali*, Roma 1982.

55 Cat. II, 4, PG 49, 228; VII, 8, SC 50, 155; tomado de: G. Cavallotto, *Catecumenato antico*, 120, nota 72.

56 G. CAVALLOTTO, *Catecumenato antico*, 260. La traducción es mía.

57 La palabra *tirocinio* es una forma cultista en desuso en español. El vocablo proviene del latín *tirocinium*, aprendizaje del oficio militar, periodo de recluta, y que por extensión se aplicaría a cualquier etapa de aprendizaje o de primera experimentación de algo: a la etapa en que se está de aprendiz de algo, a su noviciado en unos estudios o en la práctica de una profesión.

### - El Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos

El Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos, aprobado por el papa Pablo VI en 1972, es el documento que mejor acoge, restaura y aplica el catecumenado bautismal de adultos de la antigüedad<sup>58</sup>, y actualmente es considerado “como la institución más originaria y adecuada para la evangelización y la iniciación cristiana”<sup>59</sup>, y también para la nueva evangelización<sup>60</sup>. En este momento nos limitaremos a analizar los *Praenotanda* (nn. 1-67) del Documento y las rúbricas introductorias a los diversos ritos e itinerarios catecumenales previstos por el RICA (nn. 68-392).

El RICA define la iniciación cristiana de adultos o iniciación de los catecúmenos como un “camino espiritual” (n. 5); es decir, como el “camino de la fe y la conversión” (n. 1)<sup>61</sup>, en el que se urge a los candidatos a “seguir al Espíritu Santo con toda generosidad” (n. 4) y así, participando “ya por la fe del misterio de la muerte y resurrección”, pasar “de la vieja condición humana a la nueva del hombre perfecto en Cristo” (n. 19.2). Este camino se concibe fundamentalmente como un “tiempo de instrucción y de maduración” (n. 6) por medio de “grados”, los cuales “introducen a las etapas o tiempos de instrucción y maduración, o por ellas son preparados” (n. 7). Concretamente, el

58 Cf. D. BOROBIO, *Catecumenado e iniciación cristiana*, Barcelona 2007, 25. El Ritual se publicaba el 6 de enero de 1972, y en español el 18 de abril de 1976. Acerca de la recepción en España del catecumenado, desde el post-concilio a la actualidad: cf. D. BOROBIO, *Catecumenado e iniciación cristiana*, 38-56.

59 D. BOROBIO, *Catecumenado e iniciación cristiana*, 82; 72-73. Además: v. D. BOROBIO, *Catecumenado para la evangelización*, Madrid 1997, 10-12; C. FLORISTÁN, *Para comprender el Catecumenado*, Estella 1991, 21-24; J-B. DOUSSE, *La iniciación cristiana catecumenal*, en: Conferencia Europea de Catecumenado, *Los comienzos de la fe. Pastoral Catecumenal en Europa Hoy*, Madrid 1990, 83-101.

60 Ésta es la perspectiva que se adoptan en: C. ROCCHETTA, *Cómo evangelizar hoy a los cristianos. El Rito de Iniciación Cristiana de Adultos como propuesta tipo para una nueva evangelización*, Bilbao 1994. Además: v. D. BOROBIO, *Catecumenado para la evangelización*, Madrid 1997; G. CAVALLOTTO, *Catecumenato antico*, 295-300.

61 En términos parecidos: “Su iniciación requiere ante todo la propia conversión, madurada progresivamente, en cuanto lo permite su edad, pero además la ayuda de la educación, tan necesaria a esa edad. De acuerdo con esto, tal ayuda ha de ser aceptada al punto del *itinerario espiritual* en que se encuentran los candidatos, o sea, a su *progreso en la fe y a la formación catequética* que reciben” (RICA 307). Los subrayados son míos.

segundo grado corresponde al tiempo del catecumenado, que concluye con el tiempo de “purificación e iluminación” o de “preparación cuaresmal” (n. 7).

En línea con la dimensión iniciática, el catecumenado, destinado a la catequesis integral, es un tiempo de “preparación espiritual” en cuanto maduración de la fe y la preparación a los sacramentos (cf. nn. 6; 7; 98)<sup>62</sup>. Este tiempo de preparación el RICA lo define de diversas maneras, pero en línea con la concepción bíblico-paulina de la vida cristiana y la perspectiva patristica del catecumenado.

**o Tiempo prolongado (formación y noviciado) para la instrucción pastoral y la ejercitación de la vida cristiana**

En la primera definición extensa que da el RICA sobre el catecumenado lo define como un tiempo de “instrucción” y “ejercitación”:

“El catecumenado es un tiempo prolongado, en que los candidatos reciben la instrucción pastoral y se ejercitan en un modo de vida apropiado, y así se les ayuda para que lleguen a la madurez las disposiciones de ánimo manifestadas a la entrada” (n. 19).

Se distingue, por lo tanto, entre el tiempo de la “instrucción pastoral” (además: nn. 6, 7, 98), “instrucción doctrinal” (n. 25) o, simplemente denominada “instrucción” (n. 135), y que, como se dice a continuación, consiste fundamentalmente en una “catequesis apropiada”; y complementariamente se habla, por otro lado, del tiempo de maduración en el que los catecúmenos “se ejercitan en un modo de vida apropiado”. De manera particular este segundo tiempo para la ejercitación es calificado en este número de “camino espiritual” o “formación espiritual” (n. 25), por ser para los neoconvertidos, gracias a la participación por la fe en el “misterio de la muerte y resurrección”, un paso “de la vieja condición humana a la nueva del hombre perfecto en Cristo”, el cual implica “un cambio progresivo de sentimientos y costumbres”, y se manifiesta, además, “con sus consecuencias sociales”; motivo por el cual en otros lugares se le llamará “tiempo de maduración” de la conversión y la fe del can-

62 v. F.J. ROMERO GALVÁN, *El acompañamiento eclesial en el proceso de la iniciación cristiana: el itinerario espiritual del RICA*, Madrid 2018.

didato y su voluntad de bautizar (nn. 6, 7; 211, 241, 307). Es un “ejercitarse” que además es calificado de *familiar*, en cuanto que es un acostumbrarse del candidato, y cuyo objeto de ejercitación son: “orar a Dios con más facilidad”, “dar testimonio de su fe”, “tener siempre presente la expectación de Cristo”, “seguir en su actuación las inspiraciones de lo alto” y “ejercitarse en la caridad al prójimo hasta la abnegación de sí mismos” (cf. n. 19.2).

Para entender esta primera definición del RICA es necesario recurrir al decreto sobre las misiones del Concilio Vaticano II, *Ad gentes*, que recupera la consideración patristica de catecumenado y que ha sido clave para su restauración moderna y para la elaboración del RICA<sup>63</sup>:

“Catecumenado, que no es una mera exposición de dogmas y preceptos, sino una *formación y noviciado convenientemente prolongado de la vida cristiana*, en que los discípulos se unen con Cristo su Maestro. Iníciense, pues, los catecúmenos convenientemente en el misterio de la salvación, en el ejercicio de las costumbres evangélicas y en los ritos sagrados que han de celebrarse en los tiempos sucesivos, introdúzcanse en la vida de fe, de la liturgia y de la caridad del Pueblo de Dios”<sup>64</sup>.

En efecto, el RICA no hace otra cosa que especificar en qué consiste esa “formación y noviciado convenientemente prolongado de la vida cristiana” que es el catecumenado, definiéndolo como un tiempo de “instrucción y maduración” de la vida de fe en todas sus dimensiones. En el catecumenado, por lo tanto, hay que distinguir aunque no separar, entre la “instrucción” o “formación” (tiempo de instrucción) y la “ejercitación” o “adiestramiento” (tiempo de maduración). Esta distinción tiene que ver con los diversos aspectos de la vida cristiana en formación. Concretamente, la “instrucción pastoral” se refiere a su dimensión doctrinal; en tanto que los “ejercicios del catecumenado” (n. 47) tienen que ver con los otros dinamismos de la fe y la vida cristiana: el misterio litúrgico y los ritos sagrados, las costumbres evangélicas, la oración, la caridad, el testimonio, la actividad apostólica, seguir las inspiraciones de lo alto, tener siempre presente la expectación de Cristo, nutrir la vida según el espíritu de Cristo (cf. nn. 19.2 y 99; AG 14).

63 Cf. D. BOROBIO, *Catecumenado e iniciación cristiana*, 25.

64 CONCILIO VATICANO II, *Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia, Ad Gentes*, Bilbao-Santander 1967, 14; en adelante AG. Los subrayados son míos.

### o **Disciplina e instrucción pastoral para la formación y el adiestramiento de la vida cristiana**

Hay una segunda y amplia definición del catecumenado en el RICA, similar a las anteriores, pero que ofrece un ulterior desarrollo gracias a los términos “disciplina” y “adiestramiento” que introduce, y que una vez más vuelven a evidenciar las connotaciones bélicas y militares paulinas y patrísticas:

“El catecumenado, es decir, la *disciplina* o instrucción pastoral de los catecúmenos, se alargará cuanto sea necesario para que madure su conversión y su fe, y, si fuere preciso, por varios años. Porque, con la formación de la vida cristiana en su integridad y con el *adiestramiento* debidamente prolongado, los catecúmenos son iniciados convenientemente en los misterios de la salvación y en la práctica de las costumbres evangélicas y en los sagrados ritos, celebrados sucesivamente a sus debidos tiempos, y así son introducidos en la vida de la fe, de la liturgia y de la caridad del pueblo de Dios” (RICA 98; los subrayados son míos).

Aparentemente comienza definiendo conjuntamente el catecumenado como una “disciplina” y una “instrucción pastoral” para la maduración de la conversión y la fe. No obstante, a la luz de los anteriores textos y del significado conjunto de este pasaje, hay que entender que una vez más se define al catecumenado de manera global como “formación de la vida cristiana en su integridad”<sup>65</sup>. A su vez, dentro de ella se distingue entre la “instrucción pastoral”, primero de los elementos a través de los cuales los catecúmenos son iniciados “en los misterios de la salvación”, y que hace referencia a la formación doctrinal por la catequesis; y, por otro lado, la “disciplina” o “adiestramiento”, que comprende los otros aspectos de la vida cristiana en los que son iniciados los catecúmenos, coincidentes con los “ejercicios” señalados anteriormente, sobre todo por AG: “en la práctica de las costumbres evangélicas” (“la vida de la fe”); “en los sagrados ritos” (“vida de la liturgia”) y en la “vida de la caridad del Pueblo de Dios”.

<sup>65</sup> Para referirse en el RICA al sentido global del catecumenado como “formación de la vida cristiana” o noviciado, y así distinguirlo de la “instrucción pastoral”, la “formación catequética” (nn. 307; 310) o catequesis, se puede usar el término “formación pastoral” (n. 296). Además: v. RICA 100.

### - Conclusión

Tras este análisis se puede concluir que el RICA retoma el sentido iniciático de “tirocinio”, “noviciado” del catecumenado antiguo según los Santos Padres, recogiendo las connotaciones de tipo militar que tiene. De hecho, el catecumenado es un “itinerario espiritual” porque en él se vive y escenifica “la lucha entre la carne y el espíritu”, lo cual se pone de manifiesto con los exorcismos primeros o menores en el proceso catecumenal (cf. n. 101). Del mismo modo, en la oración de bendición del óleo con el que se va a bendecir a los catecúmenos queda patente esta preparación militar del catecumenado: “concede tu fortaleza a los catecúmenos que han de ser ungidos con él, para que, al aumentar en ellos el conocimiento de las realidades divinas y la valentía en el *combate de la fe*, vivan más hondamente el Evangelio de Cristo, emprendan animosos la *tarea cristiana*” (n. 207; los subrayados son míos).

En conclusión, se define el catecumenado como un “tirocinio” o “noviciado”, una formación pastoral suficientemente prolongada de toda la vida cristiana, que consiste por un lado en un tiempo de “instrucción pastoral” o “formación catequética” o doctrinal<sup>66</sup>; y por otro lado, en un tiempo de “maduración” de los otros aspectos de la vida de fe, concebida ésta como una

---

66 Hay que distinguir esta “catequesis catecumenal” de la “enseñanza inicial” previa al catecumenado [cf. G. CAVALLOTTO, *Il modello catechistico del catecumenato antico*, en: L. Meddi (a cura di), *Diventare cristiani. La catechesi come percorso formativo*, Napoli 2002, 139-141 (119-158)]. Esta enseñanza, una especie de *pre-catequesis* (v. C. FLORISTÁN, *Para comprender el Catecumenado*, 132-133), sería similar aquella a la que refiere la epístola a los Hebreos, que distingue entre una instrucción que consiste en una “enseñanza elemental acerca de Cristo” o “primeros rudimentos de los oráculos divinos” (*rudimenta fidei*), y que con una metáfora antropológica para hablar de la progresión en la vida cristiana compara con la “leche” que alimenta al recién nacido a la fe (cf. Hb 6, 1; 5, 12-14), que son como “niños en la fe”, “personas carnales”; frente al “alimento” o “manjar sólido”, que es propio de las “personas adultas” y “personas espirituales”, que “tienen las facultades ejercitadas en el discernimiento del bien y del mal” (cf. 1 Cor 3, 1-2; Hb 5, 12-14), de modo que pueden aspirar a lo “perfecto” y ser “maestros” (Hb 6, 1; 5, 12), todo lo cual parecería apuntar a una instrucción más elevada para la madurez y perfección de la fe. Esta perspectiva bíblica la desarrollará san Agustín en su *De catechizandis rudibus* (v. G. CAVALLOTTO, *Catecumenato antico*, 169-171); y quedará constancia de esta instrucción en los “rudimentos de la fe” en la eucología de los ritos de entrada en el catecumenado del Sacramentario Gelasiano (v. A. PÉREZ VERDUGO, *Rudimenta Fidei. La celebración litúrgica del inicio de la fe*, Vaticano 2013).

disciplina, adiestramiento o ejercitación “en el combate de la fe”. En síntesis, el catecumenado es un “largo aprendizaje de la mente y del corazón” (n. 134) para iniciar-introducir al catecúmeno en la vida cristiana y en todas y cada una de sus dimensiones: en su conocimiento (doctrina), en sus ritos y celebraciones (liturgia), en la práctica de las costumbres evangélicas (caridad), en la vida comunitaria (comunidad) y en la actividad apostólica (misión).

Así pues, el RICA recoge la concepción iniciática del catecumenado antiguo, definiéndolo como un noviciado o formación (tirocinio) de tipo espiritual. En ella estarían presentes las cuatro perspectivas o sentidos de comprensión particulares de la iniciación cristiana a los que aludíamos anteriormente, y que la acreditan como un itinerario o camino de conversión y de crecimiento en la fe: itinerario progresivo de participación mística en la muerte y resurrección de Cristo; ejercicio gradual y completo de la vida cristiana; formación orgánica, sistemática y básica de la fe cristiana; y camino desarrollado con gradualidad y progresión a recorrer en distintas etapas<sup>67</sup>. Todo ello ayuda a entender esta riqueza del catecumenado bautismal de adultos, que lo convierten en modelo y forma tipo de toda iniciación y de otros itinerarios catecumenales<sup>68</sup>.

### **LA CATEQUESIS, AL SERVICIO DE LA INICIACIÓN CRISTIANA: EL DIRECTORIO GENERAL PARA LA CATEQUESIS**

La concepción agonística y militar de san Pablo sobre la vida cristiana permite contextualizar y entender mejor la consideración patristica del catecumenado bautismal de adultos como un tirocinio o noviciado, palestra o gimnasio, para la ejercitación y adiestramiento al combate espiritual. Ésta, a su vez, ayuda a comprender el catecumenado bautismal de adultos tal y como lo presenta el Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos; el cual, por ser “modelo inspirador” de la entera acción catequizadora de la Iglesia, posibilita una mayor comprensión de la naturaleza e identidad de la catequesis y de su servicio a la iniciación cristiana.

<sup>67</sup> Punto 1.2. “Nuevo punto de partida para la construcción del nuevo paradigma: una hipótesis”.

<sup>68</sup> Cf. C. ROCCHETTA, *Cómo evangelizar hoy a los cristianos*, 101-102 (97-113).

El hasta el momento último Directorio General para la Catequesis, de 1997, adopta esta perspectiva iniciática bíblico-paulina y catecumenal tanto para definir la vida cristiana y su iniciación, como para referirse a la catequesis en general y de modo particular a la de iniciación cristiana. Lo hace, en primer lugar, al situar la catequesis en el “marco de la evangelización” como un “momento” esencial, en cuanto que es una de las “formas del ministerio de la Palabra de Dios, por medio de la cual se realiza “fundamentalmente” la “función de iniciación” (nn. 35, 51; 60ss). Por ello y, aunque no se usen expresamente las metáforas atléticas y militares referidas, se emplean los términos de “aprendizaje” y “entrenamiento” con ese mismo significado. La catequesis es, por tanto, un aprendizaje iniciático que sirva al entrenamiento, adiestramiento, ejercitación de la vida cristiana.

Presentaremos ahora, aunque sea brevemente, la concepción actual de la Iglesia sobre la iniciación y la vida cristiana; y como la catequesis en el proceso de evangelización, según la exposición del DGC, está fundamentalmente al servicio de la iniciación cristiana, siendo ella misma un aprendizaje iniciático.

### **La vida cristiana**

La *vida de fe* o *vida cristiana*, por cuanto pueda sonar a obviedad, es aquello a lo que inicia la iniciación cristiana, porque en eso consiste ser cristiano, en vivir cristianamente la vida<sup>69</sup>. Esta vida comienza con la fe y conversión iniciales, fruto del encuentro con Cristo. La cuestión es que no resulta fácil definir lo que es la “vida cristiana”<sup>70</sup> o “vida en Cristo”<sup>71</sup>; pues es tanto como definir la “esencia” de la fe, pero hecha “existencia” en la vida concreta de las personas, en el *hoy* de nuestro tiempo y el *aquí* de nuestra sociedad y cultura. Se trata de una cuestión sobre la que se han escrito muchas páginas desde el inicio del cristianismo, pero que se ha visto agudizada con el advenimiento de la modernidad<sup>72</sup>.

---

69 Esta perspectiva de considerar la iniciación cristiana como “iniciación a la vida cristiana” es la opción adoptada en el referido documento del Episcopado latinoamericano: CELAM-Conferencia Episcopal Peruana, *La alegría de iniciar discípulos misioneros en el cambio de época* (2015).

70 V. A. FRANCIA HERNÁNDEZ, *Vida cristiana*, en NDC, vol. I, 2264-2272.

71 LI. DIUMENGUE PUJOL, *Vida en Cristo*, en NDC, vol. II, 2279-2291.

72 Cf. K. RAHNER, *Esencia del cristianismo*, en: K. RAHNER – C. ERNST – K. SMYTH (eds.), *Sacramentum Mundi*, Barcelona 1976, vol II, cols. 28-54.

Precisamente, por la necesidad de atender a los dinamismos personales propios de la fe y la maduración de la vida de fe en las personas, propia de la sensibilidad moderna, es por lo que algunos estudiosos prefieren hablar mejor de “identidad cristiana”<sup>73</sup>. A esta reflexión hay que añadir la de aquellos que ya hablan de un nuevo perfil o “un nuevo modelo de creyente”<sup>74</sup>. No obstante, la dificultad para definir la vida cristiana, es necesario que, aunque sea brevemente, se aborde el tema. Se trata de una cuestión fundamental para poder entender tanto la especificidad y originalidad del proceso iniciático desarrollado por la iniciación cristiana<sup>75</sup>, así como también la contribución específica que la catequesis presta al mismo<sup>76</sup>.

En la iniciación cristiana se trata, en primer lugar, de “ser introducidos” en una nueva vida; en la plenitud de la vida cristiana, que no es otra cosa que la vida que brota del misterio pascual de la muerte y resurrección de Cristo. Esta vida surge en el candidato, como si de una fuente se tratase, de la conversión y la fe iniciales en Cristo<sup>77</sup>, fruto del anuncio de la Palabra y del encuentro con el resucitado que éste propicia (AG 7). Fe y conversión son como dos “dimensiones” o “aspectos” de una misma y única realidad, el acto de fe, pero vista

---

73 Cf. M. BERJÓN MARTÍNEZ, *Identidad e iniciación cristiana (III): La iniciación como proceso para adquirir la identidad cristiana hoy*, en: Estudios Agustiniانو (2004) 39, 323-337; S. Gamarra Mayor, *Identidad cristiana*, en NDC, vol. I, 1166-1177; C. FLORISTÁN, *Para comprender el Catecumenado*, 33-41.

Además: M. BERJÓN MARTÍNEZ, *Identidad e iniciación cristiana (I)* en: Estudios Agustiniانو (2003) 38, 393-419; Id., *Identidad e iniciación cristiana (II): La iniciación cristiana clásica*, en: Estudios Agustiniانو (2004) 39, 5-31.

74 Cf. AECA, *La catequesis que soñamos*, Madrid 2015, 27-29.

75 v. Ibid., 32-38.

76 v. Ibid., 38-47. Por su inspiración catecumenal, la catequesis posee inherente y constitutivamente una dinámica iniciática; y, en este sentido, toda catequesis puede ser considerada “iniciática”. A partir de aquí, habrá que distinguir la “catequesis de iniciación”, como aquella catequesis relacionada directamente con los itinerarios y procesos de iniciación cristiana; y la “catequesis de inspiración catecumenal”, lo cual supone acoger para la catequesis en general el principio formulado por el Sínodo de 1977 sobre la catequesis, que afirma que “el modelo de toda catequesis es el catecumenado bautismal” (MPD 8;cf Prop.30); y hacer de la catequesis postbautismal un proceso de iniciación cristiana integral, es decir, una iniciación en las dimensiones fundamentales de la vida cristiana.

77 Cf. V. A. FRANCIA HERNÁNDEZ, *Vida cristiana*, en NDC, vol. II, 2265ss.

desde dos perspectivas diferentes; como “dos caras de una misma moneda”; o, más exactamente, “un binomio correlativo”, que se produce “del encuentro personal de Dios con el hombre y del hombre con Dios”, propiciado por el anuncio evangélico; y del que, consecuentemente, surge un movimiento con dos dimensiones: “el ser humano se afirma a sí mismo, entregándose libremente a Dios y, a partir de ese momento, sitúa a Dios como centro de su vida”. Esta primera realidad o dimensión, “el acto de entrega”, “constituye lo que llamamos la fe”; y el segundo aspecto, “el descentramiento de sí mismo y el centramiento en Dios constituye lo que llamamos la conversión”<sup>78</sup>.

De este modo, el primer acto de fe, que surge del anuncio y que supone una entrega a Dios, incluye a la conversión como uno de sus momentos. Por lo tanto, viene siempre acompañado de una primera conversión religiosa —que no se reduce a la sola conversión moral, aunque la incluye—, y que sitúa a Dios en el centro de la vida de la persona, ahora creyente. De la misma manera, la conversión que brota del anuncio evangélico, se entiende como una “*respuesta a la llamada de Dios*” que se “expresa en un acto de fe que pone a la persona frente al Dios vivo (He 14,15), y que propicia además un cambio de mentalidad, un nuevo estilo de vida ante Dios y ante los hombres”<sup>79</sup>. “Con otras palabras —las de J. Ratzinger—: la *metanoia* cristiana es objetivamente idéntica a la *pístis* (fe, fidelidad), un cambio que no sólo no excluye la fidelidad, sino que la posibilita”<sup>80</sup>. En este sentido, “la conversión queda incluida en el proceso del acto de fe” y va más allá de una reducida interpretación moral, para asumir el significado veterotestamentario de los profetas: “acto personal de abandonarse a un Dios que tiene exigencias absolutas sobre el ser total del individuo”<sup>81</sup>.

Para la adquisición de esta nueva vida que proviene de Dios se precisa, además, de una mediación sacramental, la cual proporcionan los llamados sacramentos de la iniciación cristiana. Por medio de ellos, el candidato participa

78 EQUIPO DE CÁTEQUETAS DE EUSKAL-HERRIA, *Fe y conversión*, en NDC, vol. I, 962-963.

79 Cf. *Ibid.*, 962.

80 J. RATZINGER, *Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental*, Barcelona 1985, 71; 63-76.

81 P. HOFFMANN, *Conversión*, en: H. FRIES (dir.), *Conceptos fundamentales de la Teología. Tomo I: Adán-Escritura*, Madrid 1966, 302 y 298 (296-303).

realmente en el misterio de la muerte y resurrección de Cristo, lo cual implica un morir al hombre viejo para nacer al hombre nuevo según Cristo (cf. Ef 4, 20-24), pues el hombre viejo ha sido crucificado con Cristo (Rom 6, 6), y todo el que está en Cristo es una criatura nueva (2 Cor 5, 17)<sup>82</sup>.

Esta visión de san Pablo surge a partir de su propia experiencia de conversión en el camino de Damasco, que le lleva a considerar el bautismo como un nuevo comienzo, el inicio de una nueva vida; una creación nueva. En definitiva, la vida cristiana es “lo que el Apóstol Pablo gustaba llamar ‘vida nueva’ (Rom 6, 4), ‘creación nueva’ (2 Co 5, 17), ser o existir en Cristo, ‘vida eterna en Cristo Jesús’ (ib.), y que no es más que la vida en el mundo, pero una vida según las bienaventuranzas y destinada a prolongarse y a transfigurarse en el más allá”<sup>83</sup>.

Por lo tanto, este nuevo nacimiento, nacer a una nueva vida, a la vida de Cristo, o a la vida eterna como hijos de Dios, conlleva, primeramente, adquirir una nueva personalidad, la cristiana; y consecuentemente y en segundo lugar, vivir una nueva vida o forma de vida en todas sus dimensiones:

“ser cristiano es construir la personalidad teniendo a Cristo como referencia en el plano de la mentalidad (manera de pensar y enjuiciar), de la sensibilidad (vibraciones del sentimiento y la emotividad al ritmo de Cristo) y de la vida (forma de ser, relacionarse y actuar). Al interiorizar progresivamente y explicitar esta referencia a Cristo, se perciben la historia y la vida como él, se toman las opciones con sus mismos criterios, se relaciona y ama como él...”<sup>84</sup>.

82 Resultan interesantes las palabras del Concilio en el Decreto sobre las misiones y que indica “que, por la gracia de Dios, el nuevo convertido emprende un camino espiritual por el que, participando ya por la fe del misterio de la Muerte y de la Resurrección, pasa del hombre viejo al nuevo hombre perfecto según Cristo. Trayendo consigo este tránsito un cambio progresivo de sentimientos y de costumbres, debe manifestarse con sus consecuencias sociales y desarrollarse poco a poco durante el catecumenado” (AG 13).

83 JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica sobre la catequesis en nuestro tiempo, *Catechesi Tradendae*, Madrid 1979, 29. En adelante, CT. Además: v. LI. DIUMENGUE PUJOL, *Vida en Cristo*, en NDC, vol. II, 2284.

84 Cf. V. A. FRANCIA HERNÁNDEZ, *Vida cristiana*, en NDC, vol. II, 2266 y 2267.

Por lo tanto, “transformado por la acción de la gracia en nueva criatura, el cristiano se pone así a seguir a Cristo y, en la Iglesia, aprende siempre a pensar mejor como Él, a juzgar como Él, a actuar de acuerdo con sus mandamientos, a esperar como Él nos invita a ello” (CT 20).

En la misma línea, el *Directorio General para la Catequesis* define la vida cristiana como una vida según Cristo: un vivir en Cristo, llenarse de Él y que él viva en nosotros<sup>85</sup>, haciendo la experiencia de la vida nueva de la gracia. Así, la vida cristiana se trata, en síntesis, de la vida que surge de la fe en Cristo, y la cual, como se indica también “es, ante todo, conversión a Jesucristo, adhesión plena y sincera a su persona y decisión de caminar en su seguimiento. La fe es un encuentro personal con Jesucristo, es hacerse discípulo suyo” (DGC 53; 116).

Consiguientemente, la vida cristiana es vivir la fe, la cual se define como un vivir la adhesión y la comunión de toda la persona, en todas sus dimensiones, con Cristo. El DGC distingue también las diversas “dimensiones de la fe” o “esferas de la vida cristiana”, las cuales a su vez están relacionadas con las dimensiones de la persona. Lo hace cuando aborda las tareas de la catequesis (cf. DGC 84). Dice el DGC que “para la maduración de la vida cristiana” es vital, necesario, “cultivar todas sus dimensiones: el conocimiento de la fe, la vida litúrgica, la formación moral, la oración, la pertenencia comunitaria, el espíritu misionero” (DGC 87; cf. 84-86). Es una exigencia, “en virtud de su misma dinámica interna” (DGC 84), pues si se descuidase “alguna de ellas, la fe cristiana no alcanzaría todo su crecimiento” (DGC 87).

En conclusión, la forma que tiene el DGC de definir la “vida cristiana” es hacerlo como la “vida de fe” o la vida del creyente: una “vida” que brota de la fe del creyente (*vida creída*), y una “fe” que se hace vida en el creyente (*fe vivida*). La iniciación cristiana, por su parte, tendrá la misión de introducir en esta la vida de fe, integrando fe y vida en una relación armónica. Concretamente, se trata de iniciar a una vida de adhesión o comunión con Cristo y de seguimiento como discípulo, siempre centrado en su persona (cf. DGC 67), a fin de vivir de su misma vida; es más, hacer que Él sea nuestra vida: vivir por Él, con Él y para Él, porque Él es la Vida (cf. Jn 14, 6); o que nuestra vida sea, en definitiva, la vida de Cristo.

<sup>85</sup> Cf. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio general para la catequesis*, Madrid 1997, 116; en adelante, DGC.

## La iniciación cristiana

La expresión de “iniciación cristiana” es de uso relativamente reciente<sup>86</sup>, aunque su realidad se remonta a los comienzos del cristianismo, gozando hoy de una gran actualidad en el campo de la evangelización, la pastoral y la catequesis. La palabra “iniciación” proviene del latín “initiatio” (*in - iter*), que literalmente significa ‘entrar en el camino’; y cuyo término, etimológicamente, sugiere la idea de ‘empezar’ o la de ‘introducir a alguien en algo’; esto es, poner a alguien en el “camino”<sup>87</sup>.

Curiosamente, al comienzo de la vida de la Iglesia, para referirse a la doctrina cristiana se usaba la expresión “el Camino”; mientras que para identificar a los cristianos se empleaba el giro lingüístico “los seguidores del Camino” (v. Hch. 9, 1-2; 18, 24-26; 19, 8-9 y 23; 22, 4; 24, 14 y 22). De este modo, tanto al cristianismo como a la entera vida del creyente se las consideraba como un camino (*odos*): el camino de quienes han hecho de Jesús y su vida su propio “camino” y “vida” (cf. Jn 14, 6); un camino de seguimiento de Jesús hasta la cruz (cf. Mt 16, 24) en compañía de la comunidad.

Pero no sólo la doctrina cristiana o la entera vida del creyente es considerada como un camino, también lo es el proceso que lleva a iniciarse en esa vida, a comenzar a vivir esa vida, tal y como indica el *Catecismo de la Iglesia Católica*:

“Desde los tiempos apostólicos, para llegar a ser cristiano se sigue un camino y una iniciación que consta de varias etapas. Este camino puede ser recorrido rápida o lentamente. Y comprende siempre algunos elementos esenciales: el anuncio de la Palabra, la acogida del evangelio que lleva a la conversión, la profesión de fe, el bautismo, la efusión del Espíritu Santo, el acceso a la comunión eucarística” (CCE 1229).

86 v. Cf. G. CAVALLOTTO, *Catecumenato antiguo*, 245-251. Además: v. P.M. Gy, *La notion chrétienne d'initiation. Jalons pour une enquête*, en: *La Maison-Dieu* (1977) 132, pp. 33-54.

87 Cf. J. RICO PAVÉS, *Los sacramentos de la Iniciación Cristiana. Introducción teológica a los Sacramentos del Bautismo, Confirmación y Eucaristía*, Toledo 2006, 17.

Por lo tanto, la iniciación cristiana hace referencia a un camino, a un itinerario de introducción o de incorporación al Camino, que es Cristo Resucitado, ya que por medio de él una persona se hace cristiana, o entra en la plenitud de la vida cristiana, incorporándose al misterio de Cristo y de su Iglesia. De este modo, la iniciación cristiana es un camino que inicia a la fe como camino de la vida; o más sintéticamente, a la vida de fe. Dicho de otro modo, una *meta-camino* o *pequeño camino* dentro del *gran Camino*. Así, la iglesia, con un pequeño camino introductorio, que es la iniciación cristiana, inicia al creyente a caminar en la vida de fe.

Un camino el de la fe que, como recuerda el Papa emérito Benedicto XVI en su Carta apostólica en forma motu proprio, *Porta Fidei*, “dura toda la vida”: “empieza con el bautismo (cf. Rm 6, 4), con el que podemos llamar a Dios con el nombre de Padre, y se concluye con el paso de la muerte a la vida eterna, fruto de la resurrección del Señor Jesús que, con el don del Espíritu Santo, ha querido unir en su misma gloria a cuantos creen en él (cf. Jn 17, 22)”. En esta analogía del papa, la iniciación cristiana es como el “umbral” de “la puerta de la fe”, “que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia”, dando acceso al camino de la fe o de la vida cristiana<sup>88</sup>. En definitiva, la iniciación cristiana es la encrucijada donde el camino de la fe de la Iglesia y el camino de la vida del creyente se hacen uno sólo en Cristo, que es el camino, pero también la verdad y la nueva vida del cristiano<sup>89</sup>.

Desde el *punto de vista teológico y sacramental*, el camino de la iniciación cristiana es el proceso eclesial-comunitario, catequético-celebrativo y vivencial, a través del cual se llega a ser cristiano por medio de la celebración y asimilación en la propia vida de los tres ritos sagrados o sacramentos de iniciación cristiana (Bautismo, Confirmación y Eucaristía), mediante los cuales se va produciendo gradualmente el ingreso en la plenitud de la vida cristiana.

---

88 BENEDICTO XVI, Carta apostólica en forma motu proprio, *Porta Fidei*, Madrid 2011, n. 1.

89 Interesante reflexión en esta línea: v. R. GERARDI, *Il cammino della fede e il cammino della vita*, en: M. COZZOLI (ed.), *Pensare, professare, vivere la fede. Nel solco dell'esortazione apostolica "Porta Fidei"*, Città del Vaticano 2012, 301-328. Además: v. A. MARIANI, *Da "viandante" a "pellegrino". L'Acqua che rende buona la vita*, Venecia 2016.

Por nuestra parte, la perspectiva que adoptamos en esta reflexión pretende recuperar un *sentido holístico o pleno* de la iniciación cristiana, que va más allá del *sentido lato* (noción amplia) de la iniciación cristiana<sup>90</sup>. Lo haremos partiendo de una comprensión de la misma como camino o itinerario de fe y conversión. El profesor M. del Campo esbozaba este sentido pleno en la voz “iniciación cristiana” del *Nuevo Diccionario de Catequética*, al que ha hemos aludido con anterioridad, en el cual definía la iniciación cristiana como un “itinerario de conversión y crecimiento en la fe”. Como indicábamos, ofrecía cuatro perspectivas o sentidos para desarrollar su planteamiento. En nuestra propuesta, son interpretadas como sentidos particulares o dimensiones dentro de una comprensión global de la iniciación cristiana que denominamos *sentido espiritual*. Éste englobaría, por tanto:

- El *sentido teológico y litúrgico-sacramental*: itinerario progresivo de participación por la fe y los sacramentos en el misterio pascual de la muerte y resurrección de Cristo;
- El *sentido vital-catecumenal*: ejercicio gradual y completo de la vida cristiana;
- El *sentido educativo-catequético*: formación orgánica, sistemática y básica de la fe cristiana; y, finalmente
- El *sentido pedagógico-metodológico*: camino desarrollado con gradualidad y progresión para recorrer en distintas etapas.

De manera específica, la consideración global de la iniciación cristiana como un *itinerario espiritual* significa afirmar que ésta es, ante todo, un camino de conversión y crecimiento en la fe. Espiritual aquí está en relación a la meta de este camino, que es la vida cristiana como vida en el Espíritu, y que brota del bautismo, sacramento de la conversión y la fe.

En efecto y tal y como indicábamos hace un momento, en correspondencia con aquello a lo que se inicia o se es iniciado, esto es, a la vida cristiana o vida

90 v. G. CAVALLOTTI, *Catecumenato antico*, 247-250.

en Cristo, la iniciación cristiana ha de promover la entera transformación del *hombre viejo*, o carnal, para vivir la vida del *hombre nuevo*, espiritual, según la nueva vida donada por Cristo —y que es Cristo mismo—; y hacerlo como sus discípulos y seguidores. Y para que esto suceda, la iniciación ha de introducir en la fe y en todas sus dimensiones. Ha de iniciarnos, por tanto, a vivir la vida de fe, lo cual implica que sea una fe conocida, celebrada, vivida, hecha oración, compartida en comunidad y anunciada en la misión, para que podamos pensar como Él, juzgar como Él, vivir y actuar como Él lo hizo, amar de manera permanente como Él (cf. DGC 53; 116).

Este sentido espiritual de la iniciación cristiana se fundamenta, en primer lugar, en las aportaciones de la concepción paulina de la vida cristiana como *combate* o *lucha*. Pero también, en la concepción patrístico-catecumenal de la iniciación cristiana —recuperada por el RICA— como *tirocinio*, *palestra* o *gimnasio* para el crecimiento espiritual del nuevo creyente. Como se ha indicado, este aprendizaje para el crecimiento espiritual supone el desarrollo en la fe, el progreso en la conversión y el cambio de vida —que es más que una conversión moral—, y la gradual inserción en la comunidad eclesial.

Como se observa, este dinamismo de la fe del que venimos hablando, y que incluye la conversión como un momento interno del proceso de fe, es lo que justifica el carácter espiritual del itinerario de la iniciación cristiana. De hecho, este “camino de la fe” que “se realiza en términos dinámicos” constituye “una constante de fondo del RICA”, y permite comprender el itinerario catecumenal como una “experiencia en el Espíritu”, en cuanto que es primeramente un “*experientia fidei*, hecha de búsqueda y maduración, de oración, de liturgia y de vida de la Iglesia”<sup>91</sup>. Por lo tanto, un camino de fe que “se realiza en términos dinámicos”, como un “*movimiento activo*”, en donde “a un *initium fidei*, le sigue un progresivo *augmentum fidei*, a fuerza de un siempre renovado *desiderium fidei*, a la búsqueda de la *altitudo fidei* nunca consumada e imposible de consumir”. Pero que, como camino de experiencia de fe, “se plantea como una experiencia vital de *encuentro* con el Señor Jesús, en la gracia de su Espíritu”. De modo que éste “se realiza sólo en la ‘gracia del Espíritu Santo’ (RICA, nn. 1 y 4): una gracia que *precede, acompaña y sigue* cada etapa del itinerario catecumenal”<sup>92</sup>.

91 Cf. C. ROCCHETTA, *Cómo evangelizar hoy a los cristianos*, 82-83.

92 *Ibid.*, 81 y 83.

Así, desde esta perspectiva, se puede entender globalmente la iniciación cristiana como un itinerario espiritual para el entrenamiento, adiestramiento, ejercitación o instrucción en el combate espiritual de la vida de fe, en el cual se urge a los candidatos a “seguir (en sus vidas) al Espíritu Santo con toda generosidad” (RICA 4). Un itinerario que, específicamente, promueve un crecimiento en la “adhesión y vinculación afectiva y efectiva a Cristo” (fe); una maduración en el “cambio de vida y perdón de los pecados” (conversión); y, finalmente, una “introducción al misterio y experiencia de la salvación de Dios, por Cristo, en el Espíritu” (don de gracia)<sup>93</sup>. Creemos que este enfoque es capaz de dotar de una nueva significación a la catequesis, así como al servicio que ésta presta a la iniciación cristiana en el proceso evangelizador de la Iglesia.

### La catequesis, un aprendizaje o formación iniciática

En el *Directorio* podemos encontrar dos amplias definiciones en las que se muestra la función iniciática que posee la catequesis. Por un lado, y casi con las mismas palabras que el RICA empleaba para definir el catecumenado, se afirma:

“La catequesis les inicia (a los creyentes) en el conocimiento de la fe y en el aprendizaje de la vida cristiana, favoreciendo un camino espiritual que provoca un ‘cambio progresivo de actitudes y costumbres’, hecho de renunciaciones y de luchas, y también de gozos que Dios concede sin medida. El discípulo de Jesucristo es ya apto, entonces, para realizar una viva, explícita y operante profesión de fe” (DGC. 56c).

La otra definición, siguiendo la concepción de catecumenado bautismal como *tirocinio/noviado*, denomina a la catequesis de manera indistinta como “formación” y como “aprendizaje”:

“La catequesis es una *formación orgánica y sistemática de la fe*. [...]; formación orgánica [que] es más que una enseñanza: *es un aprendizaje de toda la vida cristiana, ‘una iniciación cristiana integral’, que propicia*

93 D. BOROBIO, *Catecumenado para la evangelización*, 14-15.

un auténtico seguimiento de Jesucristo, centrado en su Persona. Se trata, en efecto, de educar en el conocimiento y en la vida de fe, de forma que el hombre entero, en sus experiencias más profundas, se vea fecundado por la Palabra de Dios. Se ayudará así al discípulo de Jesucristo a transformar el hombre viejo, a asumir sus compromisos bautismales y a profesar la fe desde el ‘corazón’” (DGC 67; los subrayados son míos).

En estas definiciones encontramos de manera sintética todos los elementos que ayudan a entender la función o dimensión iniciática de la catequesis, y que pasamos a describir brevemente.

- ***Un aprendizaje y formación para la iniciación cristiana***

El *Directorio* considera la catequesis “‘momento esencial’ del proceso evangelizador, al servicio de la iniciación cristiana” (n. 67). Un “elemento fundamental de la iniciación cristiana”, “estrechamente vinculada a los sacramentos de la iniciación cristiana, especialmente al Bautismo”, unidos por el eslabón de la profesión de la fe, que es la meta última del aprendizaje de la catequesis (cf. n. 66). “Por eso, ‘la auténtica catequesis es siempre una iniciación ordenada y sistemática a la revelación que Dios mismo ha hecho al hombre en Jesucristo, revelación conservada en la memoria profunda de la Iglesia y en las Sagradas Escrituras y comunicada constantemente, mediante una ‘tradio’ viva y activa, de generación en generación’” (cf. n. 66).

En relación a la iniciación, el DGC define la catequesis prácticamente con los mismos términos con los que el RICA, siguiendo a los Santos Padres, lo hacía del catecumenado, como una “escuela de fe” (n. 30) o “escuela preparatoria de la vida cristiana” (n. 91); es decir: como una “formación para la vida cristiana” (n. 68) o “como aprendizaje y entrenamiento de toda la vida cristiana” (n. 30); aunque reconoce, no obstante, que se trata ésta de una “concepción que no ha penetrado plenamente en la conciencia de los catequistas”, manteniéndose hasta la actualidad como un problema todavía pendiente de ser examinado y para el que hay que buscar una solución (n. 30).

Así pues, y a la luz de las definiciones, *aprendizaje* y *formación*, –traducción al castellano de las categorías patrístico-catecumenales de *tirocinio* y *noviciado*, y sinónimos, entre sí en el texto–, son fundamentalmente los dos términos que se emplean en el DGC para expresar la realidad iniciática de la catequesis. Y aunque nunca se usen expresamente los giros *aprendizaje iniciático* o *formación iniciática*, éste es el sentido que poseen en el *Directorio* cuando los emplea.

- ***Un aprendizaje y formación que favorecen un camino espiritual***

La primera de las “características configuradoras” específicas que da a la catequesis un carácter de formación catecumenal, aún cuando no la cita explícitamente el DGC, es su comprensión como *camino espiritual*.

Analizando las dos definiciones, se evidencia que la catequesis es uno de los elementos que contribuye a la realización del “camino espiritual” del creyente. Concretamente, indicará el DGC, lo hace “favoreciendo un camino espiritual que provoca un ‘cambio progresivo de actitudes y costumbres’, hecho de renunciaciones y de luchas, y también de gozos que Dios concede sin medida” (DGC. 56c). Con él se están poniendo “los cimientos del edificio espiritual del cristiano”, de modo que ayuda “así al discípulo de Jesucristo a transformar el hombre viejo, a asumir sus compromisos bautismales y a profesar la fe desde el ‘corazón’” (n. 67). En la misma línea, pero con palabras distintas, en otro pasaje compara la vida cristiana con una construcción. En ella, “la profesión de fe bautismal”, fin de la catequesis, “se sitúa en los cimientos”. Un “edificio espiritual” que, por otro lado, está “destinado a crecer” (n. 56d) a partir de estos cimientos.

En síntesis, la catequesis colabora en la realización del “camino espiritual” del creyente. Lo hace ayudando a poner los fundamentos o cimientos para la construcción del “edificio espiritual” de la vida cristiana; lo cual significa favorecer un proceso de conversión y cambio en el creyente que le hace “apto” “para realizar una viva, explícita y operante profesión de fe” (NDC 56c). Así se comienza a construir la vida según el Espíritu.

- ***Formación catecumenal para la profesión de fe, meta de la catequesis***

El DGC recoge para la catequesis la concepción de catecumenado bautismal como “formación específica que conduce al adulto convertido a la profesión de su fe bautismal en la noche pascual” (n. 59). La meta de la catequesis como “escuela de fe, como aprendizaje y entrenamiento de toda la vida cristiana”, es capacitar a “realizar” o a “propiciar una viva, explícita y operante profesión de fe” (nn. 56d y 66), una “profesión de fe bautismal” (n. 56d), que implica una “confesión explícita de la Trinidad” (n. 82).

La profesión de fe bautismal es, por ello, “el eslabón que une la catequesis con el Bautismo” por ser “a un tiempo, elemento interior de este sacramento y meta de la catequesis” (n. 66). Por su parte, “la catequesis es, así, elemento fundamental de la iniciación cristiana y está estrechamente vinculada a los sacramentos de la iniciación, especialmente al “Bautismo, ‘sacramento de la fe’” (n. 66).

La vinculación de la catequesis al Bautismo por la profesión de fe permite entender este paralelismo que el *Directorio* sigue con el RICA para definir la propia catequesis. Por eso, para poder entender el *sentido pleno* de formación-aprendizaje iniciático en catequesis, tenemos que hacerlo considerándolo como una “formación catecumenal” (n. 59). Por lo tanto, toda catequesis, especialmente la desarrollada en los procesos de iniciación, pero no sólo, es siempre un aprendizaje iniciático por su referencia al catecumenado bautismal de adultos.

Como quedará expresado explícitamente en sus páginas “el modelo de toda catequesis [o “modelo inspirador” de la acción catequizadora de la Iglesia] es el catecumenado bautismal, que es formación específica que conduce al adulto convertido a la profesión de su fe bautismal en la noche pascual’. Esta formación catecumenal ha de inspirar, en sus objetivos y en su dinamismo, a las otras formas de catequesis” (nn. 59; 90 y 68). Más concretamente, esta “concepción del catecumenado bautismal como proceso formativo y verdadera escuela de fe, proporciona a la catequesis posbautismal una dinámica y unas características configuradoras: la intensidad e integridad de la formación;

su carácter gradual, con etapas definidas; su vinculación a ritos, símbolos y signos, especialmente bíblicos y litúrgicos; su constante referencia a la comunidad cristiana...” (n. 91). En correlación con esta inspiración y tal y como veremos a continuación, el DGC considera a la catequesis como “escuela preparatoria de la vida cristiana” o “una formación para la vida de fe” (n. 68), de la entera vida de fe.

- ***Una formación-aprendizaje integral, de toda la vida cristiana***

La catequesis ha de propiciar una “formación integral”, sin “reducirse a una mera enseñanza”, pues “deberá empeñarse, en efecto, en suscitar una verdadera conversión” (n. 29), y propiciar “un auténtico seguimiento de Jesucristo, centrado en su Persona (n. 67). Por este motivo, es calificado de aprendizaje-formación “orgánica y sistemática”, “básica, esencial”, y se equiparará a un “aprendizaje de toda la vida cristiana” (n. 67).

De esta manera, la catequesis es un aprendizaje que pretende alimentar, madurar, hacer crecer y desarrollar una vida (iniciación), no un conocimiento; y esto no se consigue únicamente con la mera transmisión o instrucción en los contenidos de la fe (enseñanza). Se precisa un tipo de aprendizaje que desarrolla una pedagogía de crecimiento experiencial, de maduración personal, de experimentación vital, en todo aquello que significa ser y vivir como cristiano.

Para conseguirlo, el DGC retoma la distinción del RICA entre la *instrucción* o *formación doctrinal* (“educar en el conocimiento” de la fe), y la *ejercitación* o *adiestramiento* (“educar en la vida de fe”) como los dos componentes del “aprendizaje de la vida cristiana” en la catequesis (cf. n. 67). De este modo, la catequesis es un aprendizaje en el que conjuntamente se realiza una educación en el conocimiento de la fe, por medio de una instrucción o formación doctrinal; pero también se desarrolla una educación en la vida cristiana, que es *ejercitación* o *adiestramiento*.

Esta doble distinción en los procesos educativos que desarrolla el aprendizaje catequético responde a la necesidad de desarrollar las diversas dimensiones de la fe y de la vida cristiana, lo cual como veremos a continuación “se realiza a través de diversas tareas, mutuamente implicadas” (n 84).

En este contexto cobran todo su significado las palabras ya citadas del *Directorio* que compara la vida cristiana y su maduración en todas sus dimensiones con la “vitalidad de un organismo humano”, y la cual depende necesariamente de “que funcionen todos sus órganos”. Del mismo modo, “así como para la vitalidad de un organismo humano es necesario que funcionen todos sus órganos, para la maduración de la vida cristiana hay que cultivar todas sus dimensiones”. Se trata de una cuestión vital, una exigencia de vida o muerte, que compromete seriamente la madurez y el crecimiento de la vida de fe (cf. n. 87) y la supervivencia como creyente.

- ***Un aprendizaje por tareas, según las dimensiones de la vida cristiana***

Las seis tareas de la catequesis que señala el DGC “corresponden a la educación de las diferentes dimensiones de la fe, ya que la catequesis es una formación cristiana integral, ‘abierta a todas las esferas de la vida cristiana’”, tal y como pide “su misma dinámica interna” (n. 84).

Concretamente, se trata de un aprendizaje que implica, como primera tarea, “educar en el conocimiento” de la fe para llegar a una *fe conocida*, lo cual ni mucho menos es mera enseñanza, sino un conocimiento “significativo” o vital (cf. 87). Por otro lado, es un aprendizaje para “educar en la vida de fe”; una *ejercitación o adiestramiento*, preparación o capacitación que se realiza por medio de cinco tareas específicas, una por cada una de las cinco dimensiones restantes de la fe. Este aprendizaje pretende que la fe llegue a ser *celebrada, vivida, hecha oración*, y también compartida en la comunidad cristiana y anunciada en la misión. El DGC especifica que las cuatro primeras tareas del aprendizaje iniciático de la catequesis son consideradas “tareas fundamentales” (cf. nn. 85-86).

Finalmente, estas tareas del aprendizaje iniciático de la catequesis son equiparables a las *ejercitaciones* o *instrucciones* de las que se hablaba en el Catecumenado, y que ahora se denominan conocimiento, educación, formación, enseñanza e iniciación. Son como los aprendizajes prácticos específicos de la vida cristiana, que capacitan y preparan al creyente para vivirla en su plenitud, con toda la amplitud de sus seis dimensiones.

- ***Aprendizaje-formación de la vida cristiana que es lucha y combate***

Finalmente, el DGC también recoge, aunque sólo sea de soslayo, el simbolismo militar del catecumenado antiguo y también presente en el RICA. Así, este aprendizaje de la catequesis conlleva “luchas” (n. 56c), para lo cual se requiere la oración; ya que también en el aprendizaje de la vida de fe de la catequesis “los catecúmenos y los catequizandos se enfrentan a los aspectos más exigentes del Evangelio y se sienten débiles” (cf. n. 85).

- ***En conclusión, un aprendizaje o formación iniciática: creer para vivir***

La catequesis como aprendizaje iniciático es un itinerario educativo de tipo espiritual, en tanto que se trata de favorecer en el creyente un proceso de fe y conversión: hacer un camino de fe para pasar del hombre material y carnal (el hombre viejo), al hombre espiritual y celestial en Cristo (el hombre nuevo).

Como indica el profesor J. Alonso, en san Pablo “la antítesis hombre carnal-hombre espiritual describe la novedad cumplida en el hombre con la llegada de Cristo en la plenitud de los tiempos (Ga 5, 17-25; 6, 7-10; Rm 7, 14-25; 8, 5-13), reflejando así una idea de conversión cristiana como recreación en Cristo obrada por el Espíritu Santo”. De modo que el binomio “carne” (sarx) y “espíritu” (pneuma), no es una contraposición filosófica paralela a la distinción entre cuerpo y alma, sino la forma paulina para referirse a “la situación del hombre viejo heredero de Adán, inclinado a la muerte, sometido a las tendencias de la concupiscencia (Ga 5, 19-21) y consciente de la oposición interior entre lo que desea hacer y lo que realmente hace (Rm 7, 7-14), que vive al margen de Cristo (Ef 2, 11-12) y es incapaz de agrandar a Dios (Rm 8, 8). Situación que es propia de los cristianos antes de su conversión y que por el bautismo ha cambiado, pues ha sido recreado en la Persona de Cristo resucitado y habitado por su Espíritu (Rm 8, 9-11)<sup>94</sup>.

94 J. ALONSO, *Conversión y hombre nuevo. Teología de la conversión en san Pablo*, en: *Scripta Theologica* 41 (2009) 1, 62-63 (47-84).

Como *itinerario educativo*, la catequesis consiste en una “formación orgánica y sistemática” de la entera fe (n. 68), que consiste conjuntamente en un “educar en el conocimiento (de la fe)” y, por otro lado, en un “educar en la vida de fe” o un “aprendizaje de la vida cristiana” (cf. n. 67).

Al igual que ocurría en el catecumenado, se trata en primer lugar de una *educación al conocimiento de la fe*, que está asociado directamente a la primera de las dimensiones de la fe y la vida cristiana, y desarrolla por la primera de las tareas de la catequesis (propiciar el conocimiento de la fe).

Pero, en segundo lugar, es también una educación en la vida cristiana, motivo por el cual la catequesis no ha de reducirse a la sola enseñanza o mera exposición de dogmas y preceptos. Por el contrario, se exige un aprendizaje específico para el resto de aspectos o dimensiones de la vida cristiana (fe celebrada, vivida, orada, compartida y transmitida). Éste se realiza a través de las correspondientes tareas de la catequesis que, a su vez, desarrollan específicos y diversos actos de aprendizaje: educación litúrgica, formación moral, enseñar a orar, educación para la vida cristiana, iniciación a la misión.

*En síntesis*, puede plantearse el servicio que la catequesis presta a la iniciación cristiana como un *aprender a creer para vivir como cristianos*. Se trata, por tanto, de un aprendizaje integral de la fe, en todas sus dimensiones, para propiciar “una viva, explícita y operante profesión de fe” (cf. 56c, 66, 82), la cual hace referencia directa o indirectamente a la confesión bautismal. El sacramento del bautismo, de la que ésta forma parte, es el sacramento de la fe y la conversión, por el cual se muere al hombre viejo y se renace a la nueva vida como hijos de Dios en Cristo por la fuerza del Espíritu. La catequesis, desde esta perspectiva, aprenderá al creyente a vivir esta nueva vida, a vivir como cristianos.

## **ENTRENAR Y ACOMPAÑAR PARA INICIAR EN LA CATEQUE- SIS. ELEMENTOS PARA EL DISEÑO DE UN NUEVO PARADIG- MA DE LA INICIACIÓN Y LA CATEQUESIS**

Estamos al final de nuestra reflexión y llega el momento de poder definir concretamente el servicio iniciático que la catequesis presta a la evangelización; esto es, establecer en qué sentido y cómo la catequesis colabora en la función

iniciática de la Iglesia para engendrar a la fe a nuevos hijos de Dios y de la Iglesia. Dos términos se nos imponen con fuerza: iniciar en catequesis es *entrenar* y supone *acompañar*. Surgen ambos de la concepción iniciática de “tirocinio” (aprendizaje y formación) y “noviciado” del catecumenado bautismal de adultos; la cual conecta, a su vez, con la comprensión agonística paulina de la vida cristiana como combate atlético o militar y entrenamiento espiritual.

Así mismo, esta concepción iniciática de la catequesis recoge las cuatro perspectivas o sentidos particulares de comprensión de la iniciación cristiana como un itinerario o camino de conversión y de crecimiento en la fe. En realidad, esta visión estaba implícitamente presente en el DGC con los términos de “aprendizaje de toda la vida cristiana”, “formación integral para la vida cristiana” o “escuela de fe”. Aunque, como se ha indicado, pasa desapercibida para muchos catequistas y también catequetas. Quizás la razón se encuentre en la traducción castellana de *tirocinio-noviciado* por *aprendizaje, formación o noviciado*, que unida a una concepción pedagógica actual más restringida de estos términos, nos impiden captar el rico significado que poseen y las implicaciones y posibilidades que ofrecen para la catequesis en su servicio a la iniciación cristiana.

Describimos a continuación algunos de los principales aspectos que definen y caracterizan una catequesis entendida como un aprendizaje de la vida cristiana que es entrenamiento y acompañamiento, y que pretende recuperar algo de esta riqueza iniciático-catecumenal para inspirar la catequesis de nuestro tiempo.

### **Aprendizaje iniciático de la catequesis: un entrenamiento de la vida cristiana**

El DGC deja entrever que la concepción de una catequesis “como aprendizaje y entrenamiento de toda la vida cristiana” es aquella deseable en nuestro tiempo, pero a vez una “concepción que no ha penetrado plenamente en la conciencia de los catequistas” (n. 30). Pero algo parecido ocurre en los estudios especializados de catequética, en los que no existen muchos desarrollos

explícitos sobre el tema<sup>95</sup>. Nuestro propósito es contribuir en este camino de desarrollo de esta perspectiva indicada por el DGC y que se inspira el catecumenado bautismal de adultos como modelo de toda la acción catequética de la Iglesia. Para ello presentamos algunas nuevas perspectivas que surgen de una catequesis que se concibe como entrenamiento o ejercitación para la vida cristiana. Fundamentalmente lo haremos apoyándonos en este sentido patristico-catecumenal de *tirocinio* como aprendizaje práctico para la vida de la fe que se ha presentado, teniendo además en cuenta la concepción pedagógico-educativa actual de *tirocinio*<sup>96</sup>. Finalmente, tomaremos en consideración alguna de las nuevas perspectivas del aprendizaje en el ámbito de la pedagogía actual. Estos nuevos enfoques de la educación, como son el *aprendizaje transformativo*, el *aprendizaje basado en competencias* y el *aprendizaje basado en tareas*<sup>97</sup>, están muy cercanos al aprendizaje iniciático de la catequesis y del catecumenado, y cada vez son más usados en la reflexión y en la praxis catequético-pastoral.

---

95 Cf. A. FRANCIA HERNÁNDEZ, “Vida cristiana”, en NDC, Vol. I, 2268-2269 (2264-2272). Aunque con una formulación terminológica diversa, pero cercana en el sentido, se habla también de catequesis de “experimentación” para definir a la catequesis como un “lugar de experiencia cristiana” o un “espacio para la inmersión en la experiencia cristiana” (AECA, *Hacia un nuevo paradigma de la iniciación cristiana hoy*, 53 y 49). Mayor desarrollo lo encontramos en la aportación del profesor J. C. CARVAJAL BLANCO, “El acompañamiento en la catequesis iniciática. Elementos para su articulación”. Concretamente, en el apartado “Aprendizaje de la vida cristiana” y su acompañamiento pedagógico, que es concebido como un “entrenamiento en la vida cristiana” (cf. AECA, *El acompañamiento en catequesis*, Madrid 2019, pp. 40-44). Finalmente, con esa metodología propia del “nuevo paradigma”, de ir empleando el “hacia” para indicar las nuevas orientaciones que están todavía en “camino de ser”, Benavides señala como uno de los “nuevos rumbos para la catequesis” el “Hacia una catequesis de la propuesta”; y dentro de ella, como uno de sus elementos concretos, el “Hacia una catequesis de la experiencia o experimentación” (M. BENAVIDES, *¡Socorro, soy catequista!*, 40-41).

96 Cf. M. G. CAPUTO, *Tirocinio*, en: Facultad de Ciencias de la Educación – Universidad Pontificia Salesiana, *Diccionario de Ciencias de la Educación*, Madrid 2009, 1127-1128.

97 Junto a estos nuevos enfoques existen algunos más también cercanos al *aprendizaje iniciático* de la catequesis que, por falta de espacio no desarrollaremos: v. gr. *aprendizaje experiencial* o *aprendizaje por transferencia*.

Estamos seguros de que la apuesta decidida en catequesis por esta concepción del aprendizaje catequético, enriquecida por las aportaciones de estos nuevos campos o enfoques de la educación, actualmente en desarrollo y expansión, pueden ofrecer nuevas perspectivas y algunos elementos pedagógico-metodológicos aprovechables para nuestros procesos de iniciación cristiana y de educación de la fe, así como para el concreto aprendizaje catequético. Por otro lado, aunque con cierta discreción, contribuirían al desarrollo de la pedagogía de la fe y la catequesis. Y, de manera más concreta y tal y como nos proponíamos al inicio de esta reflexión, las imágenes y figuras patrísticas del catecumenado como “escuela” de la vida cristiana, “gimnasio” para la carrera cristiana, o “tirocinio” para el combate de la fe, podrían aportar nuevas perspectivas y elementos concretos que permitan avanzar en el diseño del “nuevo paradigma” de la iniciación cristiana y de la catequesis.

### Catequesis como un aprendizaje espiritual

Definir la catequesis como un *aprendizaje-formación* (o escuela) de fe y de la vida cristiana implica, en primer lugar, reconocer que se trata de un camino, un itinerario, en cuanto a periodo o tiempo. Un camino suficientemente prolongado en el tiempo que inicia y prepara al creyente para el gran camino de la fe durante toda la vida.

Un itinerario que es, además, de tipo espiritual, porque es un camino de fe y conversión; un tiempo o periodo para el combate de la fe. Se trata de una consecuencia lógica del planteamiento que venimos siguiendo, y en donde desde diversos puntos de vista confluyentes, pero siempre en relación a la fe y a la conversión se hacía una interpretación más holística de la *iniciación cristiana* como un camino o itinerario espiritual para el entrenamiento o adiestramiento en el combate espiritual de la vida de fe. Recordamos los presupuestos de nuestro planteamiento:

- La *concepción paulina* de la vida cristiana como combate espiritual, para el que se requiere un entrenamiento del espíritu;
- La visión del *catecumenado bautismal de la antigüedad cristiana* como una formación cuyo objetivo fundamental es el crecimiento espiritual, en

cuanto que promueve una maduración de la fe y el crecimiento en la conversión y cambio de vida;

- La visión del *RICA*, en consonancia con el catecumenado primitivo, de la iniciación cristiana de adultos o iniciación de los catecúmenos como un “itinerario” o “camino espiritual”.

En consecuencia, se puede afirmar que la catequesis, en su servicio a la iniciación cristiana, e inspirándose en el catecumenado, es un aprendizaje iniciático; y, por ende, un aprendizaje espiritual. Lo es, fundamentalmente, porque contribuye a la realización en el creyente de un camino de maduración en la conversión y el cambio de vida, y un crecimiento en la fe por medio del don de la gracia otorgada por el Espíritu Santo. Así, si la fe-conversión “lleva consigo un cambio de vida, una ‘metanoia’, es decir, una transformación profunda de la mente y del corazón” (DGC 55); y el *RICA* define al catecumenado, modelo de toda catequesis, como un “largo aprendizaje de la mente y del corazón” (n. 134); entonces también la catequesis, como itinerario espiritual, “ayudará así al discípulo de Jesucristo a transformar el hombre viejo, a asumir sus compromisos bautismales y a profesar la fe desde el ‘corazón’” (DGC 67).

La catequesis como formación-aprendizaje iniciática es, por lo tanto, un itinerario espiritual o recorrido formativo para llegar a ser cristianos<sup>98</sup>. Un camino de inicio en el “Camino” que, más que una nueva doctrina, es una nueva vida, porque el cristianismo es precisamente esto, una vida<sup>99</sup>. Se trata de aprender a vivir la vida cristiana, la vida de fe, y no simplemente enseñar o conocer una doctrina. Una vida cristiana que, según la concepción paulino-patristica del catecumenado y de la iniciación, se define como el combate en el creyente

---

98 Puede verse un estudio más desarrollado realizado por varios expertos en: L. MEDDI (a cura di), *Diventare cristiani. La catechesi come percorso formativo*, Napoli 2002. Particularmente: v. D. LIPARI, *Il “percorso formativo” senso di un’pressione* (pp. 19-37), donde se contraponen “aprender” a “formar” (pp. 24-29). En la misma línea, varios expertos hacen toda una presentación de la historia de la iniciación cristiana y de la catequesis a partir de la concepción catecumenal como “modelos formativos” (pp. 119-183).

99 Cf. L. A. GALLO, *La vita cristiana*, en: L. MEDDI (a cura di), *Diventare cristiani*, 97 (97-105).

entre la forma o modo de vida del hombre carnal, y la del hombre espiritual; entre seguir las obras del Espíritu de Dios o las del mundo y de la carne.

En este sentido, la catequesis como itinerario espiritual favorece un iniciar a hacer de la vida del creyente un camino de seguimiento de Cristo, que es el Camino y la Vida; y como “seguidores del Camino”, vivir la vida del hombre nuevo o espiritual según la nueva vida que surge del misterio pascual de Cristo y es donada por el Espíritu; y que es una vida de hijos del Dios-Padre (Abba) y de la Iglesia-Madre en la casa-común de este mundo. Un iniciar, por lo tanto, a caminar o vivir como hijos de Dios en el Hijo por la gracia del Espíritu (cf. Rom 8, 5-27)<sup>100</sup>.

Este tipo de aprendizaje de la catequesis desarrolla la *sabiduría* o *inteligencia espiritual* de la que nos habla san Pablo en su epístola a los Colosenses, y que como se veía, consiste en “un conocimiento perfecto de su voluntad (de Dios)” para alcanzar una conducta digna del Señor, “agradándole en todo; fructificando en toda obra buena, y creciendo en el conocimiento de Dios” (Col 1, 9-11). Recientemente, pastoralistas y catequetas, ante la actual situación imperante de materialismo y secularismo, y desde perspectivas teóricas diversas, insisten en la necesidad de cultivar y ejercitar la inteligencia espiritual –también denominada existencial o trascendente–, como un proceso de iniciación según diversas etapas<sup>101</sup>.

#### - Catequesis como aprendizaje transformativo

Como tal itinerario espiritual de la vida cristiana, la catequesis ha de favorecer una *formación-aprendizaje para la transformación*<sup>102</sup>, capaz de provocar un cambio

100 Cf. J. CASTELLANO CERVERA, *L'iniziazione cristiana e il cammino spirituale dei cristiani*, en en: L. MEDDI (a cura di), *Diventare cristiani*, 75-84.

101 E. RODRÍGUEZ ADROVER, *La inteligencia espiritual y la catequesis*, Madrid 2016. Además: v. F. Torralba, *Inteligencia espiritual*, Barcelona 2010.

102 Por su inspiración en el catecumenado bautismal, la *transformación* es hoy una de las claves de la catequesis de adultos (v. J. SASTRE GARCÍA, *El catecumenado de adultos. Catequesis para una fe adulta*, Madrid 2011, 74-78). En el ámbito del aprendizaje de adultos en general, destaca la figura de J. MEZIROW, máximo exponente de la *Teoría del aprendizaje transformativo de adultos* (*Transformative Dimensions of Adult Education*, 1991). Sobre ella y su aplicación al ámbito de la catequesis puede verse: M. LÓPEZ

profundo de la mente y del corazón que, según la concepción semítica unitaria del ser humano<sup>103</sup>, supone la transformación del hombre entero. Debe ser, por lo tanto, algo más que una mera enseñanza (mente), procurando abarcar al hombre entero en sus dimensiones (corazón). Esta es la razón por la cual el DGC huye de una concepción de la catequesis como mera enseñanza escolar, y habla de formación-aprendizaje para la transformación, empleando para ello los calificativos de básica, esencial, orgánica y sistemática; y por eso también define las diversas tareas de la catequesis no sólo como enseñanza, porque “por ser formación para la vida cristiana, desborda –incluyéndola– a la mera enseñanza”, e indica que este aprendizaje-formación “ejerce, por tanto, al mismo tiempo, tareas de iniciación, de educación y de instrucción” (n. 68).

Esta rica y amplia concepción del aprendizaje catequético, que incluye diversos actos educativos, queda patente cuando al presentar las seis tareas de la catequesis lo hace asociándolas a algunos de estos procesos de aprendizaje: “propiciar el *conocimiento* de la fe”, “*educación* litúrgica”, “*formación* moral”, “*enseñar* a orar”, “la *educación* para la vida comunitaria” y “la *iniciación* a la misión” (nn. 84-86).

#### - ***Catequesis como aprendizaje basado en competencias***

Por otro lado, esta concepción de la catequesis como *aprendizaje* o *formación iniciática* para la vida cristiana inspirada en el concepto de catecumenado bautismal como “tirocinio” o “noviciado”, y aunque por causa de la traducción al castellano no se perciba tan claramente en el *Directorio*, es un aprendizaje iniciático en cuanto que prepara al creyente para el combate de la fe. Este aspecto quedaba recogido en el RICA al considerar primeramente al catecumenado como un “itinerario espiritual”, pero está todavía pendiente de extraer todas sus consecuencias para la catequesis.

---

VARELA, *Hacia una catequesis transformativa de adultos. Propuesta de algunos elementos epistemológicos y metodológicos a partir de la teoría del aprendizaje transformativo de Jack Mezirow*, Università Pontificia Salesiana (Roma) 2013; Id., *Hacia una catequesis transformativa y una catequesis con dimensión transformativa*, en: *Sinite* 57 (2016) 172, 227-246.

103 Cf. J. A. NORATTO G., *El ser humano en la cultura semita. Breve acercamiento narrativo*, en: *Theologica Xaveriana* 144 (2002) 599-614.

*Tirocinio*, como se ha visto, hacía referencia a la primera instrucción militar y más tarde, por extensión, a la etapa en la que una persona está de aprendiz en unos estudios o en la práctica de un oficio o una profesión; o, finalmente, a la primera experimentación de algo. Analógicamente, la catequesis como *tirocinio de vida cristiana* dota al aprendizaje iniciático de un carácter eminentemente práctico, similar al entrenamiento o ejercitación deportiva y la educación física, a la formación profesional o a la instrucción militar. Pretende aprender a vivir la vida cristiana, la vida de fe, y no simplemente enseñar la fe o a conocer su doctrina.

Curiosamente, la concepción agonística paulina, que concibe la vida cristiana como una competición atlética o combate militar-, comparte la misma raíz etimológica y conecta con lo que actualmente se denominan “competencias educativas”, que constituyen hoy uno de los tipos de aprendizaje activo que más ha proliferado en la educación. Además, *competentes* era uno de los nombres que en la antigüedad cristiana se daban a los que seguían el camino o proceso catecumenal y que eran aceptados a recibir el bautismo<sup>104</sup>.

Una competencia se define como “un conjunto de conocimientos, habilidades y otras disposiciones internas (intereses, significados, valores, etc.) para realizar positivamente un deber o la actividad escogida”<sup>105</sup>. A su vez, el aprendizaje por competencias es una educación centrada en la reconstrucción y construcción de competencias, lo cual se plantea como un “entrenamiento para el desarrollo de habilidades y destrezas con el objeto de contar con operarios eficaces y eficientes”, pero que a la vez sean “‘protagonistas’ dentro de una comunidad de saberes”<sup>106</sup>. En síntesis, “dominio de un saber actuar en un ámbito específico de actividades profesionales especializadas”<sup>107</sup>. La trans-

104 Cf. D. BOROBIO, *Catecumenado para la evangelización*, 12. Además, a estos candidatos también se les llamaba *electi* o *accidentes ad gratiam*. cf. G. CAVALLOTTO, *Catecumenato antiguo*, 202.

105 Cf. M. PELLERÉY, *Competencia*, en: Facultad de Ciencias de la Educación – Universidad Pontificia Salesiana, *Diccionario de Ciencias de la Educación*, Madrid 2009, 203 (203-204).

106 Cf. R. GALLEGUO BADILLO, *Competencias cognitivas. Un enfoque epistemológico, pedagógico y didáctico*, Bogotá 2008, 11-12.

107 M. PELLERÉY, *Competencia*, 203.

posición de este concepto de “competencia” desde el ámbito pedagógico al campo de la fe, la vida cristiana y la catequesis permite entender mejor e implementar el aprendizaje iniciático de la catequesis.

En un sentido global, la *competencia cristiana* hace referencia al conjunto de conocimientos (saber), de capacidades, habilidades o aptitudes (saber hacer), de actitudes (saber ser), que permiten vivir en la fe o vivir la propia vida como cristianos en la comunidad y en el mundo (saber estar o convivir). Por su parte, sus componentes (conocimiento, capacidad o habilidades, disposiciones internas, actitudes y comportamientos y valores) pueden ser asimiladas a las dimensiones o “esferas de la vida cristiana” o “dimensiones de la fe” de las que nos habla el DGC (n. 84). Consecuentemente y, al igual que en su momento se hacía con la categoría de “actitud”<sup>108</sup>, de manera particular éstas dimensiones pueden ser consideradas como las competencias básicas de la vida cristiana y del aprendizaje iniciático. Finalmente, el dinamismo de iniciación y maduración que desarrolla la catequesis en los procesos de iniciación y en la entera actividad catequética de la Iglesia corresponderían al desarrollo de una educación basada en competencias de la fe<sup>109</sup>, y en donde cada una de las tareas de la catequesis ejercitaría o entrenaría una de ellas. Una catequesis basada en un aprendizaje por competencias capacita y aprende a vivir la vida de fe en las más diversas circunstancias y en los contextos cambiantes y problemáticos que son propios de nuestro tiempo.

---

108 Ya se ha hecho clásica el planteamiento del profesor E. ALBERICH de considerar la fe como una *actitud*, sus tres componentes (cognoscitivo, afectivo y operativo) como las dimensiones de la fe, y el dinamismo de crecimiento y maduración de la fe como *interiorización de actitudes* (cf. E. ALBERICH SOTOMAYOR, *Catequesis evangelizadora*, 139-146).

109 Nuestro concepto de aprendizaje-formación por competencias se aleja así del modelo pedagógico de una “formación como desarrollo de competencias para actuar de manera eficiente en un cometido específico”, que J. Sastre critica (p. 24), y está cercano a su propuesta de “Modelo formativo desde las ‘competencias existenciales’” (J. SASTRE GARCÍA, *El catecumenado de adultos*, 23-31). Una propuesta diversa, pero más sistemática y desarrollada la encontramos en: A. FOSSION, *Il Dio desiderabile. Proposta della fede e iniziazione cristiana*, Bologna 2011, Cap. 8, pp. 129-140.

### - Catequesis como aprendizaje basado en tareas

Complementariamente a este enfoque educativo se encuentra el *aprendizaje o enseñanza por tareas*. Se trata de una de las metodologías educativas más apropiadas para el desarrollo de las competencias básicas. De manera general, la *tarea de enseñanza o educativa*<sup>110</sup> se trata de un plan de trabajo desarrollada por el docente con el objetivo de dirigir, de manera óptima, el proceso autónomo y consciente (aprender a aprender) de construcción de conocimientos, habilidades, valores por parte de los discentes para saber interaccionar y actuar en un contexto comunitario y social según los parámetros establecidos. En síntesis, este enfoque educativo focaliza el aprendizaje en un conjunto de actividades, trabajo o esfuerzo, que concentra en sí un conjunto de conocimientos, habilidades, destrezas o competencias, que vienen planificadas de acuerdo con una serie de objetivos para su consecución.

En el caso de un aprendizaje catequético por tareas, las seis tareas del *Directorio* serían las actividades a realizar de manera programada para el desarrollo de las competencias básicas de la fe o dimensiones de la vida cristiana, expresadas de manera educativa en conocimientos, habilidades o capacidades, disposiciones internas y comportamientos externos. Para ello, habría que organizar el itinerario catequético con una adecuada planificación que permita el desarrollo de estas tareas; que ofrezca al catequizando los medios humanos, materiales, espacio-temporales e instrumentales que precisa en cada momento para el desarrollo de estas tareas; y finalmente, evaluando con él la progresión en la madurez de la fe para asegurarse la idoneidad de la secuenciación de las tareas según cada catequizando.

### ***Acompañamiento iniciático en la catequesis***

Acompañamiento es una palabra de moda hoy en día en la pastoral y en la catequesis. Las líneas que siguen a continuación suponen una cierta continuación de la reflexión que se realizaba el año pasado en las mismas Jornadas de la Asociación Española de Catequetas, del 5 al 7 de diciembre, y cuyo título

110 Cf. E. DAMIANO, *Tareas educativas* en: Facultad de Ciencias de la Educación – Universidad Pontificia Salesiana, *Diccionario de Ciencias de la Educación*, Madrid 2009, 1106.

había sido “El acompañamiento en catequesis”<sup>111</sup>. En ellas se abordó específicamente la “especificidad” del acompañamiento en la catequesis. Por su parte y, sólo por poner un ejemplo cercano, en su reciente libro sobre el acompañamiento, el pastoralista A. Ávila distingue diversos tipos de acompañamiento y dedica una amplia parte al “Acompañamiento para el ejercicio de la vida cristiana”, dentro de la cual, como segundo tipo, presenta el “acompañamiento de los que se inician en la fe”<sup>112</sup>.

Dentro de nuestro marco de estudio, y a la luz de la presentación de estos nuevos enfoques de aprendizaje que se encuentran cercanos al aprendizaje iniciático de la catequesis, el acompañamiento se convierte en una pieza clave. Supone además una nueva consideración del acompañamiento que realiza la catequesis en los procesos de iniciación a la vida cristiana, como puede ser la iniciación cristiana.

Este acompañamiento iniciático en una catequesis que se entiende como un aprendizaje-formación de la vida cristiana –concebido según la concepción de *tirocinio* del catecumenado clásico como entrenamiento-ejercitación–, supone una nueva perspectiva que abre nuevas posibilidades para la pastoral y la catequesis. Nuestro planteamiento exige que, debido a las características propias de este tipo de aprendizaje iniciático de la catequesis, se deba considerar el acompañamiento desde los dinamismos internos del propio proceso iniciático que ella desarrolla.

Damos a continuación algunas claves para entender los rasgos que definen el acompañamiento que realiza la catequesis en cuanto aprendizaje iniciático:

- ***Una catequesis que entrena es una catequesis que acompaña***

Lo primero que hay que afirmar es que el acompañamiento es un elemento interno y estructurador del aprendizaje iniciático, y no mero recurso o mediación instrumental para realizarlo. El aprendizaje iniciático de la catequesis exi-

---

111 Los contenidos de las Jornadas pueden verse en: AECA, *El acompañamiento en catequesis*, Madrid 2019.

112 A. ÁVILA, *Acompañamiento pastoral*, Madrid 2018, p. 340-346.

ge, por su propia naturaleza, un acompañamiento. De modo que la catequesis que pretende contribuir a la iniciación cristiana es, además de una catequesis que entrena, una catequesis que acompaña. Por lo tanto, no hay iniciación sin acompañamiento, como no hay catequesis al servicio de la iniciación sin que ésta sea un aprendizaje iniciático. Y éste sólo se logra a través de un “adecuado acompañamiento, en el proceso, según un itinerario previsto por la comunidad para llevar a cabo en grupo y seguido más de cerca por el catequista (cf. DGC 141, 156, 159; cf. IC 24-31)”<sup>113</sup>.

- ***El catequista acompañante-entrenador***

Por otro lado, al plantearse la catequesis como un tirocinio, gimnasio o escuela de la fe y la vida cristiana, se coloca al catequizando al centro del proceso de aprendizaje, como protagonista de su propia ejercitación, entrenamiento y desarrollo. Pero, simétricamente, se evidencia además la importancia de la figura del entrenador; porque al igual que nadie se da la fe a sí mismo, tampoco nadie se inicia en la vida cristiana por sí mismo. A este respecto resultan muy elocuentes las palabras de A. Alcedo:

“Nadie se inicia a sí mismo; toda persona ‘es iniciada. Son siempre ‘otros’ los que introducen a alguien en la nueva situación o en el nuevo grupo. Toda iniciación reclama un iniciador. En el caso de la iniciación a la fe cristiana, es la Iglesia –la Iglesia-Madre– la que inicia, la que engendra a la fe con la gracia de Dios. Este proceso se lleva a cabo a través de unos mediadores que acompañan al iniciado”, el “catequista acompañante”<sup>114</sup>.

Necesitamos, por tanto, ser iniciados, que alguien nos prepare y ejercite para la vida cristiana; que alguien nos ayude y acompañe para ello. Es aquí donde cobra toda su importancia la figura del catequista, que por ser el *mediador cualificado*, es clave para este proceso<sup>115</sup>. Ahora, este catequista-acompañante, es

113 A. FRANCIA HERNÁNDEZ, “Vida cristiana”, 2268.

114 A. ALCEDO, *Iniciar en la fe*, Madrid 2016, 22 y 23.

115 Cf. M. LÓPEZ VARELA, *El catequista, un acompañante en el camino de la fe* «Catequistas» (2020) 285, pp. 30-32.

visto también como un *entrenador, instructor* o *preparador* para la vida cristiana<sup>116</sup>.

De este modo, el catequista se convierte en la mediación iniciática que muestra que “la Iniciación cristiana es un don de Dios que recibe la persona humana por la mediación de la Madre Iglesia”. Precisamente, como continúa diciendo el documento de los Obispos españoles, la “originalidad esencial de la Iniciación cristiana consiste en que Dios tiene la iniciativa y la primacía en la transformación interior de la persona y en su integración en la Iglesia, haciéndole partícipe de la muerte y resurrección de Cristo” (IC 9).

#### - **Acompañamiento espiritual**

No hay que entenderlo en el sentido clásico de dirección espiritual. Tampoco desde una visión más reciente y renovada del mismo que se entiende como un camino hacia la madurez cristiana sin más<sup>117</sup>. Lo es en cuanto que se trata de un acompañamiento iniciático, del camino espiritual que se recorre en los procesos de iniciación cristiana. Más concretamente, se trata de acompañar en el camino de maduración de la fe y crecimiento de la conversión de los catecúmenos y catequizandos. Dicho de otra manera, acompañar la progresión en la lucha espiritual o el combate de la fe. Lo que se acompaña es el camino de conversión personal y crecimiento en la fe, y la experiencia espiritual que ello supone en el creyente<sup>118</sup>.

---

116 Esta consideración del *catequista-acompañante como un entrenador* vendría a unirse a otros perfiles de catequista o evangelizador y sus tareas y funciones que se han propuesto para el nuevo paradigma de la iniciación cristiana: *testigo, mediador, mayenta, propedenta, hermeneuta* (v. AECA, *Hacia un nuevo paradigma de iniciación cristiana hoy*, 59-60). Del mismo modo, el profesor Benavides proponía el perfil de los “catequistas misioneros: discípulos en los caminos” (Cf. M. Benavides, ¡Socorro, soy catequista!, 26-30). Por su parte, el Episcopado Latinoamericano opta por un “catequista testigo, comunicador, acompañante y mistagogo” (CELAM-Conferencia Episcopal Peruana, *La alegría de iniciar discípulos misioneros en el cambio de época*, nn. 136-145).

117 Cf. J. SASTRE GARCÍA, *Acompañamiento espiritual*, en: NDC. Vol. I, 76-92.

118 Cf. “Acompañar la experiencia espiritual y la conversión”, en: Secretariado Diocesano para la Iniciación Cristiana de Adultos (Turín), *Acompañar a los catecúmenos. Guía práctica para los acompañantes*, Madrid 2012, 62-74.

En este tipo de acompañamiento, el catequista se vuelve fundamental. La riqueza de su experiencia espiritual, fruto de haber recorrido ese camino espiritual en precedencia y, por lo tanto, se convierte en el mejor *mapa* para el acompañado. Sólo así podrá reconocer los dinamismos del Espíritu en su interlocutor, e invitarlo consiguientemente a secundarlos. De este modo, el catequista está invitado a desarrollar algunas tareas propias de la dirección o acompañamiento espiritual, discerniendo las mociones del Espíritu en el creyente y acompañando su acción.

Pero, a la vez, combinará este acompañamiento con otros complementarios como son el *acompañamiento educativo o pedagógico*, o incluso el *coaching educativo*, que permite aplicar las estrategias de acompañamiento personal y las estrategias transformativas de *coaching* a la práctica educativa y a los procesos de aprendizaje y desaprendizaje<sup>119</sup>. Estos procedimientos están más atentos a los dinamismos propios del aprendizaje humano, permitiendo enseñar al catequizando a identificar y a seguir en su vida los dinamismos y exigencias del Espíritu.

#### - Acompañamiento práctico

Se acompañan en las ejercitaciones, disciplinas o tareas de la catequesis con las que se realiza su meta, y que aseguran que sea un aprendizaje inicial y fundamental, pero completo, de la vida cristiana<sup>120</sup>. Un aprendizaje que, más que teórico (enseñanza), es un aprendizaje vital y vivencial: no tanto porque, conforme a su significado ordinario, supone un aprendizaje que privilegia las vivencias o experiencias cristianas; sino porque pretende ser funcional y práctico, esto es, que sirva para preparar o iniciar a vivir la vida de fe.

119 Cf. J. BELLIDO, *Coaching educativo*, Madrid 2016.

120 Sobre el acompañamiento en las distintas tareas de la catequesis, pueden verse mis breves reflexiones al respecto: M. LÓPEZ VARELA: *¿Qué es acompañar en la Iglesia, hoy?* «Catequistas» (2019) 278, pp. 46-48; *Acompañar el conocimiento de la fe* «Catequistas» (2019) 279, pp. 30-32; *Acompañar: la celebración de la fe* «Catequistas» (2019) 280-281, pp. 26-28; *Acompañar la formación de la fe vivida* «Catequistas» (2020) 282, pp. 30-32; *Acompañar la enseñanza de la fe hecha oración* «Catequistas» (2020) 283-284, pp. 26-28; *-El catequista, un acompañante en el camino de la fe* «Catequistas» (2020) 285, pp. 30-32.

Siguiendo la analogía paulina de la vida de fe como carrera o combate atlético, estas tareas específicas de la catequesis podrían ser interpretadas como la “tabla de ejercicios” del deportista-cristiano que se entrena en la disciplina atlética de la vida cristiana; o siguiendo también la simbología militar de san Pablo, podrían ser vistas como las partes de la instrucción militar, las maniobras o adiestramientos para el combate de la fe. En este caso el catequista aquí adquiere rasgos de instructor, entrenador o *personal training*.

- ***Acompañamiento personal “del camino” y “en los caminos”***

Porque la educación es un tejido de relaciones que se construye en el proceso educativo, el acompañamiento es también personal. Y lo es con mayor razón cuando se trata de la educación en la fe, que se define como un encuentro con una persona que “llena el corazón y la vida entera” de alegría<sup>121</sup>, y “da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”<sup>122</sup>.

Retomando una vez más la imagen paulina de la vida cristiana como carrera, el acompañamiento ha de ser realizado “en el camino”, es decir, allí donde las personas se encuentren; y también “en camino”, por lo tanto en marcha, en movimiento<sup>123</sup>. La catequesis iniciática es una “catequesis en salida” (cf. EG 20-24). Por su parte, el acompañamiento iniciático debe tener esta disposición a huir de una visión estática de la persona y de la fe, y debe estar dispuesto a acompasarse con el camino de fe que cada persona realiza.

Como Jesús, en el paradigmático pasaje del “Camino ‘en’ Emaús” (Lc 24, 13-35), implica por ello estar atento a los procesos personales y de maduración, y a las circunstancias de las personas, porque este es el camino; y hacerlo muchas veces “en medio del camino” entre la Iglesia –fuera de los espacios convencionales establecidos (parroquia y locales parroquiales, grupos de catequesis, etc.) – y las casas, trabajos, ambientes de los catecúmenos-catequizandos. En definitiva, en la Iglesia el primero y fundamental camino que recorrer

---

121 FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, Madrid 2013, n. 1; en adelante, EG.

122 BENEDICTO XVI, Carta Encíclica *Deus Caritas est*, Madrid 2005, n. 1.

123 Cf. M. BENAVIDES, *¡Socorro, soy catequista!*, 22-25.

son siempre las personas: “El hombre en la plena verdad de su existencia, de su ser personal y a la vez de su ser comunitario y social —en el ámbito de la propia familia, en el ámbito de la sociedad y de contextos tan diversos, en el ámbito de la propia nación, o pueblo (y posiblemente sólo aún del clan o tribu), en el ámbito de toda la humanidad—”<sup>124</sup>. Por eso, en los procesos de iniciación cristiana, la persona son “proyecto, tarea y don”<sup>125</sup>.

- ***Acompañamiento compartido, “entre otros” y “con otros”***

En la carrera del inicio de la vida cristiana el aprendizaje iniciático de la catequesis conlleva hacer juntos un camino, catequistas y catequizandos; se necesita que corran los dos. Más específicamente, se trata de hacer un camino espiritual juntos, entre el catequizando y el catequista, con el Espíritu por medio como acompañante principal, no sólo del catequizando sino también del catequista.

Por otro lado, la etimología latina de “acompañamiento” (*companio*), y que significa “quien come pan con otro”, evoca una vez más el pasaje del camino “en” Emaús, y sugiere que el acompañamiento implica hacer un camino donde mutuamente se comparte el pan de la Palabra y el pan de la Eucaristía, así como la propia vida que surge y crece al alimentarse del pan compartido. Y así se va realizando un aprendizaje mutuo, un co-aprendizaje.

Finalmente y, como ocurre en todo camino, tampoco el camino del aprendizaje de la fe es únicamente en pareja. Cuando se camina en la fe se hace mejor en grupo- comunidad (*con otros*), y también se camina pasando al lado de otras personas, no siempre creyentes, y atravesando pueblos y ciudades (*entre otros*)<sup>126</sup>. En una concepción de catequesis que entrena, esta realidad nos evoca analógicamente la idea del *equipo* y de los *espectadores*.

124 JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptor hominis*, 1979, n. 14.

125 J. SASTRE GARCÍA, *El catecumenado de adultos*, 79-82.

126 Cf. AECA, *Hacia un nuevo paradigma de la iniciación cristiana hoy*, 51-52.

Como tristemente se está comprobando estos días de vuelta a la “nueva normalidad” tras la crisis sanitaria provocada por el COVID-19, no se concibe una competición deportiva a puerta cerrada, sin espectadores, ni con distanciamiento social entre los jugadores; como tampoco debemos permitir una catequesis a puerta cerrada en nuestras iglesias y sin la presencia comunitaria. La iniciación la hacemos todos y unidos, o no será iniciación.

**ESTUDIOS**

